

Crepusculo

Publicación que pretende promover el asociacionismo, preservar la persona institucional y fomentar la lectura.

Revista Crepusculo

Editor

Fundación Tres Pinos

Director

Ricardo Cadenas

Columnistas

Ernesto Alonso

Luis Straccia

Colaboradores

Manuel Cadenas

Rocío Cadenas

Gustavo Fia

Néstor Kasanski

Esteban Lagarrigue

Fabio Munich

Noemí Pendzik

Alejandra Pietramala

Diagramación diseño e ilustraciones

Gonzalo Cadenas

Edita D T Print S A

Editorial.

En el lanzamiento de nuestra revista quisimos tratar un tema complejo y vital como la comunicación. Quizás nuestro objetivo fue muy abarcativo y por esa causa hemos tenido que recortar el contenido. No siempre es fácil adaptar el dossier a lo importante, en ocasiones se descarta lo sustancial.

Nos pareció imprescindible incluir algunos argumentos significativos para ejemplificar los códigos, canales, receptores, contenidos, etc. con más apertura. Los artículos elegidos fueron los de comunicación de la familia, la pareja y Médico-paciente.

Incorporamos en este número inicial relatos cuyos contenidos en general marcan las enfermedades de la comunicación. En ocasiones lo enfocan desde lo dramático y en otras lo tratan con humor.

Sabemos que el aprendizaje de los códigos de comunicación comienza con la familia y son marcas culturales que condicionan al hombre. Este etnocentrismo a menudo genera odios hacia el otro sólo por ser de otra cultura. A los occidentales nos cuesta entender los comportamientos de los musulmanes. El ejercicio constante en tratar de comprender al otro no es habitualmente el camino más sencillo.

El arte de comunicar a través de la persuasión es un deber ineludible de los padres y formadores. Los que están en un nivel sociocultural superior tienen la obligación de adaptar sus códigos para todas las circunstancias que sean necesarias. Esta comunicación asimétrica deberá estar regida por la ética, teniendo en cuenta el poder que puede desplegar el más Formado. Las enfermedades de la comunicación nacen a causa

del poco esfuerzo de adaptación que hacen algunos actores.

La ausencia de comunicación por lo general engendra violencia, si esta ausencia es intencional o involuntaria tiene poca importancia, el mal ya está hecho. La pereza volitiva para cambiar estas situaciones demandará en el futuro un gran esfuerzo para revertirlas. El menor de los males en el caso de ausencia será una interpretación a veces distorsionada.

Aunque lo gestual tenga una gran importancia y mantenga la pureza de la verdad, -es difícil falsear solo con los gestos- casi siempre es necesaria la presencia de otras herramientas de comunicación.

Los receptores no tienen en todas las personas el mismo nivel de sensibilidad, cuando esas diferencias no son detectadas se generan conflictos. Es común ver interlocutores tapándose los oídos cuando el otro habla en voz muy alta.

Todas estas desviaciones de la comunicación y sus componentes casi nunca son conscientes, pretendemos con esta publicación despejar algunas dudas.

Este tema espinoso es nuestra primera meta, no es fácil, la sola pretensión de inducir a leer cuando hay otras ofertas más cómodas, es un desafío ambicioso.

Claro oscuro que aparece cuando raya el día y dura hasta que sale el sol, claridad que dura desde la puesta del sol hasta que se hace de noche. Estado de ánimo intermedio entre la conciencia y la inconciencia que se produce antes o después del sueño natural.

Pero más conmovedor todavía, -es aquel brillo desesperado y final (afterglow)-.

Curioso de la sombra y acobardado por la amenaza del alba reviví la tremenda conjetura (amanecer)

Crepúsculo del alba o de la paloma.

Crepúsculo del ocaso o del cuervo.

Sumario.

Comunicación
médico-paciente. Pag. 3

El Ciclán. Pag. 8

Sección literaria. Pag. 10

La familia...
Escuela de comunicación inter-
personal. Pag. 12

Concurso. Pag. 24

Hacer el pan en casa...
Fare il pane in casa. Pag. 25

Juan y Teresa. Pag. 28

Nóbel de estación. Pag. 31

¿En Que Cultura Te Hubiese
Gustado Nacer, Sabiendo Como
Te Tratan Después De Morir?
Pag. 35

Conversaciones. Pag. 40

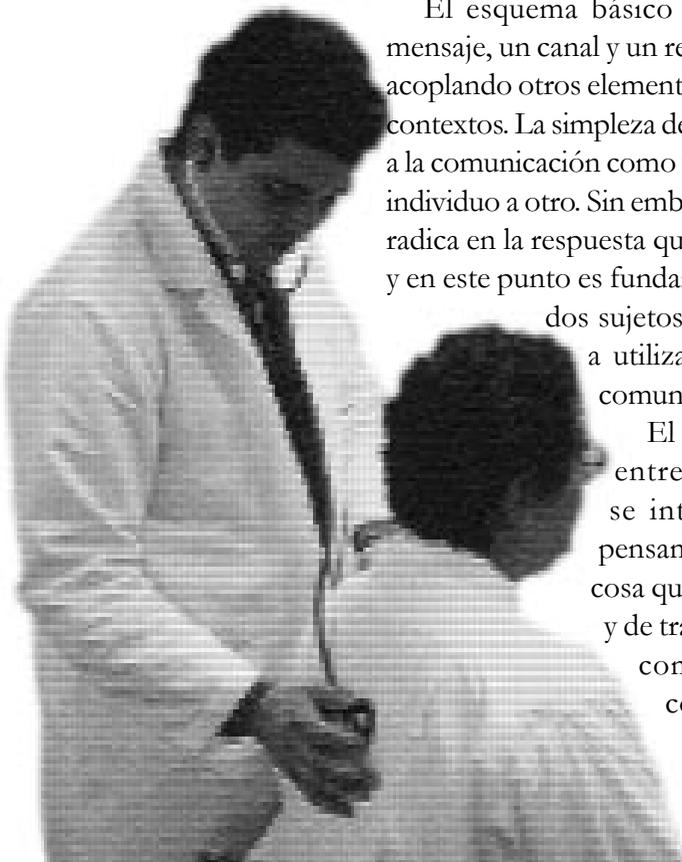
Comunicación médico-paciente.

Al hablar de la relación establecida entre el médico y su paciente, son muchas las aristas que surgen, una de ellas es la situación comunicacional creada entre ambos...

...Y este aspecto al ser abordado, lejos de delimitar el tema, nos conduce a hablar de temáticas tales como esquemas dialógicos, definición de roles, etnocentrismo cultural, mediaciones culturales y cognitivas, derecho a la información, empatía, entre otras.

El esquema básico de comunicación implica un emisor, un mensaje, un canal y un receptor. Es el punto de partida, al que se irán acoplando otros elementos de no menor importancia como códigos y contextos. La simpleza de este primer esquema puede llevar a entender a la comunicación como una mera transferencia de información de un individuo a otro. Sin embargo la clave de la eficacia de la comunicación radica en la respuesta que se obtiene a la transmisión de un mensaje, y en este punto es fundamental la negociación que se establece entre dos sujetos de comunicación, en razón de los códigos a utilizar en función de establecer una verdadera comunicación.

El diálogo, entendido como una conversación entre dos o más personas, mediante la que se intercambia información y se comunican pensamientos, sentimientos y deseos, no es otra cosa que el resultado de un proceso de cooperación y de trabajo conjunto para construir un significado común a los interlocutores, es decir, una construcción interpersonal y colectiva de significados comunes. Así se pone en marcha una negociación en la que entra en juego la cosmovisión de cada sujeto, es decir la imagen que del mundo se ha formado



en razón de la experiencia, educación, saberes, valores, orígenes, etc.

Y, en este punto es necesario considerar que el hombre no posee una única forma de relacionarse con otros sujetos, objetos o con la naturaleza en general. Por lo general, todo individuo considera a sus valores (los de su sociedad) como el punto de partida para analizar y evaluar las normas, los valores, conocimientos y obras de otra cultura.

Así, parte de parámetros inconscientes, implícitos en su propia forma de ser, porque considera -así lo ha aprendido- que su cosmovisión, su cultura constituye la mejor forma de relacionarse y entender el mundo. Esta visión, conocida como etnocentrismo -etno: pueblo- es necesaria para incorporar al individuo a la vida social, por ella repudia las formas culturales que le son diferentes a las que lo identifican.

La cosmovisión puede ser entendida como las creencias que una persona o un grupo tiene sobre su realidad, lo que sostiene y practica; lo que piensa sobre su entorno, sobre su lugar en el universo y sobre como funciona el mundo. Es su visión del mundo. Su explicación del mismo.

En la relación médico-paciente en principio se presenta una distancia que surge de la diferencia de conocimiento que cada uno posee sobre la temática de la salud. Por ende el diálogo se materializa en una instancia en la que desde un comienzo los niveles de fuerza no son equivalentes.

El médico es quien ha sido instruido, es quien sabe, aunque mas no sea en un breve aspecto de su vida, cual es el destino de su paciente, este último es quien espera recibir ese conocimiento a través de una relación vertical de comunicación o asimétrica, en la que podríamos afirmar que se «somete» al saber médico.

Sin embargo, el discurso médico particular, o el saber científico en general, más allá de su característica verticalista en el proceso de comunicación, no se dirige a seres pasivos que incorporan lo que se dice sin mayores

resistencias, «en toda situación de recepción hay modos de leer y de apropiarse, según la historia, las condiciones culturales, la edad, entre otras posibilidades, que son denominadas mediaciones».[1]

Entre los distintos tipos de mediaciones presentes podemos diferenciar 3 grandes grupos, las cognitivas, son aquellas que desarrollan un papel en el proceso del conocimiento (lo lógico, las creencias, lo afectivo); las referenciales, que tienen que ver con la influencia de la diversidad de identidades (pertenencia socioeconómica, geográfica, de género) y las Institucionales, como la familia, la escuela, la iglesia, partido político, barrio, etc.

En definitiva lo que se plantea tiene que ver con que el ser humano es un ser cultural, por ende posee una historia y un contexto determinado. Y eso lo que se pone en marcha al producirse la comunicación (emitir-recibir el mensaje) de los sujetos (médico-paciente), debido a que ninguno de los dos se sitúa ante el otro carente de ideas, emociones, historia y expectativas.

En la entrevista, el paciente no sólo habla de su padecer, su dolencia o su enfermedad, sino que habla de sí mismo, de su mundo, de su cuerpo, de su concepción sobre lo bueno y lo malo, en una palabra habla de su cosmovisión.

Al hablar, el paciente deposita su confianza (es decir la creencia o expectativa que se tiene hacia la atención y al trato que se puede recibir) en el «otro», que es el que sabe que es lo mejor y «ordena» los pasos a seguir en consecuencia.

Este tipo de relación entre el que sabe y el que no sabe, ha ido mutando con el paso del tiempo y el avance de las nuevas tecnologías y especialidades. Cambio que no se reconoce en un viraje de la asimetría de comunicación, sino más bien en los diferentes actores y contextos que forman parte de la misma.

Mientras que por un lado el paciente es único, por el otro, el saber médico ha pasado a estar depositado en una serie de profesionales o de



equipos de profesionales. Ya no se trata de una comunicación directa, sino que la confianza del sujeto pasa a estar depositada en una multiplicidad de sujetos que intervienen en su atención.

Esta situación implica una nueva forma de distanciamiento que se puede observar en dos direcciones, la ya citada entre el paciente y el/los profesionales de la salud, y otra que se produce en sentido contrario, que muchas veces suele conducir a la «cosificación» del otro o transformándolo sólo en una patología, «la biopsia de la 44» o «la fractura expuesta de la 104».

Este último ítem suele obedecer a un cientificismo exacerbado o a un modelo médico que sólo pondera los hechos o signos, en donde prima más el «caso» que la persona. A su vez, esta distancia atenta contra la posibilidad del paciente de ver realizado sus derechos a recibir información precisa y fácil de comprender acerca de su salud así como a conocer las opciones de tratamiento y de participar en las toma de decisiones inherentes a su atención. Una revitalización o revalorización del diálogo entre médico-paciente, es decir, en esta instancia de puesta en común de significados,

valores y expectativas, se nos presenta no como un elemento más, sino como una instancia vital. No hay puesta en común si no se conoce al «otro». Si estos elementos no son considerados, indudablemente se estará en presencia de fallas que se profundizarán ante situaciones en las cuales se dedica poco tiempo para la comunicación con el paciente, y la falta de habilidades comunicativas con los familiares en momentos críticos.

Luis Straccia.

El Ciclán

El aire fresco del otoño acariciaba su cara quemada por el sol de tantas travesías. La mañana templada de abril le inundaba el alma. A pesar de eso, no se sentía pleno. Los recuerdos golpeaban el pensamiento de Valentín como un martilleo constante que le sacaba la capacidad de gozar las pequeñas cosas. Atlético, musculoso cruzaba las esquinas pedaleando con una displicencia automática.

En los últimos días, su cuerpo le venía dando avisos. En ocasiones los dolores se hacían insoportables. La insistencia de su mujer lo ayudó a tomar la decisión: debía consultar al médico. Él sabía que su trabajo estaba causándole problemas desde hacía tiempo. La presión de la actividad era conocida, la historia de todos sus compañeros así lo confirmaba y, por lo insalubre de su tarea, a él le faltaba ya poco para jubilarse. Era aún joven, podría disfrutar su vida de retiro junto a su esposa e hijas. Eso le mejoraba el humor e iba predispuesto a hacer todo el esfuerzo para tener una buena consulta con su nuevo doctor.

Avanzó con regularidad y, después de recorrer varios kilómetros, llegó a destino. Miró con cuidado la fachada del lugar; a un costado de la puerta, una placa de bronce bien lustrado rezaba: «Luis Carlos Cabrera, médico». En voz baja, Valentín disparó un insulto: no había portabicicletas en la entrada. «Qué falta de previsión», se lamentó. Debía dejar su bicicleta en algún lugar seguro, era la única cosa material que realmente le importaba; sabía además que si se la robaban no podría comprar una nueva (el cuadro de cerámica de su bici, recién traído de Europa, se le hacía inalcanzable). «A falta de pan, buenas son tortas», pensó, y encadenó la bici a un árbol lo bastante chico para pasar la cadena pero

robusto para resistir a los cacos.

Sonrió con resignación: su mutual había incorporado a un nuevo profesional. Pensó: «Otra vez la misma ceremonia: nueva historia clínica, más preguntas sin rumbo ni sentido, más pérdidas de tiempo, y ninguna solución». Seguiría con los mismos síntomas, quizá con medicamentos más caros, pero al fin con los mismos agotadores síntomas.

Entró directo a la sala de espera, una secretaria con rostro feliz e insulso lo invitó a sentarse. Después de los registros de filiación rutinarios esperó varios minutos. Era el único paciente. Miró con detenimiento en las paredes los pocos antecedentes que reflejaban los diplomas del nuevo médico. Uno de ellos lo espantó: «Médico cirujano», decía. Valentín sentía un fuerte rechazo hacia los cirujanos: eran parte de su infortunio.

El silencio y la tranquilidad del ambiente le causaron sueño, se relajó y comenzó a traer a su memoria imágenes, imágenes que lo hacían gozar con plenitud. En ese momento deseó que se demorara la consulta. Se vio formando parte de un grupo de hombres libres, con uniformes coloridos y ajustados, con cascos calados, jugando alternativamente el rol de

pelotón, de líder o de rezagado. Evocó las frustraciones nimias de las pinchaduras sorprendidas, la habilidad en el recambio de las cámaras para volver rápido al pelotón. En recuerdos borrosos, identificó su primera bici a la que tanto amó; el dolor volvió a su espíritu: esa bicicleta también formaba parte de sus demonios escondidos, ocultados, tapados por él mismo.

—Valentín Hernández

—dijo la voz con gravedad. Él se despabiló al instante.

Notó por qué Cabrera no tenía portabicicletas para sus pacientes: era lo más opuesto a un deportista que se pudiera imaginar. Flaco, con los dientes manchados de nicotina (aunque no fumó durante la consulta), barbado de barba rala y desapareja, pálido. Su juventud extrema se ocultaba detrás de tanto descuido. «Es la imagen del antivalentín», pensó. Le extendió la mano y el médico la estrechó con seguridad. Ese gesto le dio confianza, y la mirada franca de Cabrera lo conquistó.

—Tome asiento Valentín, invitó el médico, el ciclista aceptó sin chistar. Como era su costumbre, el doctor Luis Cabrera escribía sus notas al final de la consulta, de modo que comenzó a preguntar con naturalidad y desenfado; primero ganó familiaridad con lo habitual: edad, hijos, etc.

Valentín entró en la plática sin esfuerzo, esa naturalidad lo sorprendió agradablemente: tenía mucho que decir y mucho que callar, había cosas tan íntimas, cosas que nunca se había atrevido a contar después de esa primera vez.

—Comencemos por su trabajo -exploró el barbado-.

—No hay mucho que contar -contestó Valentín-. Como usted sabrá, es un trabajo bastante gravoso, molesto, quiero decir.

—Sea más explícito, por favor.

—Estresante, diría yo. Ser motorman de locomotoras es muy estresante.

—¿En que sentido? —preguntó el médico esta vez con curiosidad—. No sé nada de ese oficio.

—Usted verá, cuando algún suicida se para

en posición mística frente a la locomotora, uno sabe que todo lo que haga será inútil. Lo más desolador es la pérdida absoluta del control. Esos segundos se transforman en la espera más larga que yo haya conocido, hasta el inevitable final.

—¿Y desde cuando trabaja en esto?

—Salí de la escuela para maquinistas apenas a los treinta, hace ya diecinueve años; con veinte de servicio me jubilo, y ya estoy cerca, por suerte.

—¿Por suerte? Dejar un trabajo es siempre conflictivo... -el médico esperaba su reacción-.

Valentín tenía la certeza de que jubilarse sería su tabla de salvación, por lo que, sin dudarlo, respondió:

—Doctor, espero esta jubilación con ansiedad, creo que me vendría muy bien —la cara de duda en el médico lo molestó, le irritó que no estuviese de acuerdo con algo tan lógico.

—¿Desde cuando tiene estos síntomas, Valentín? -el galeno no quería que su paciente se dispersara- si el maquinista conseguía evadirse perdería el control.

—Desde siempre, desde muchacho quiero decir, en realidad no recuerdo desde cuándo —esta pregunta lo molestó en su inconsciente: detrás de esta vendría otra más delicada.

—¿Qué otra cosa lo aqueja, qué lo molesta además de su oficio?

—Creo que ser maquinista es la madre de todos mis problemas -eludió Valentín con presteza-.

—Yo creo que es una parte de sus problemas, tal vez sus síntomas comenzaron antes...

La estocada del galeno fue certera, conmovió al motorista:

—Hay temas privados difíciles de abordar, algunas cosas íntimas son casi imposibles de hablar para mí.

—Si no los quiere abordar, es decisión suya. No voy a interferir en su determinación, pero le aclaro que no podré ayudarlo más allá de la medicación habitual. Usted bien sabe que en los últimos tiempos esta ha sido inútil.

La inspiración del ciclista fue profunda y prolongada. Parecía no querer volver a respirar hasta no terminar de decir lo que tanto le costaba.

—Con calma, amigo, tenemos tiempo para

dialogar tranquilos.

—Doctor, mi historia no la conoce nadie y nunca la he contado, por vergüenza -a Valentín le costaba arrancar- pero observó al joven a los ojos y una oleada de confianza lo envolvió, quitándole el pudor. Tengo una hermosa familia que no merezco -dijo casi sin pensar-. No me refiero a que sea un hombre que no merece tener familia, sino que es muy probable que, si no fuese por mi esposa, no la tendría. Ella, con un sacrificio extremo, gestó con otro hombre las hijas que yo no puedo tener.

El paciente bajó los ojos con bochorno.

—Desde entonces -prosiguió- es un tema tabú entre nosotros, nunca lo hemos hablado. Es decir, la discreción de mi mujer para no avergonzarme le hizo callar para siempre.

—Mire, Valentín, creo que su predisposición a ocultar temas importantes lo está haciendo padecer más de la cuenta. ¿Por que no puede tener hijos? -preguntó, cambiando de repente el rumbo del interrogatorio-.

El maquinista, más distendido, contó su historia con todo lujo de detalles, mientras el barbado escuchaba atento y sorprendido. Se aflojó la corbata y dejó que su paciente se explainara; no se animaba a interrumpirlo, tenía miedo que desapareciese tamaña espontaneidad. Cuando Valentín terminó su versión de los hechos, el galeno sufría de una mezcla de sorpresa, incredulidad y placer, profundo placer.

Realizó luego el examen físico, y pocos minutos después concluyó la visita.

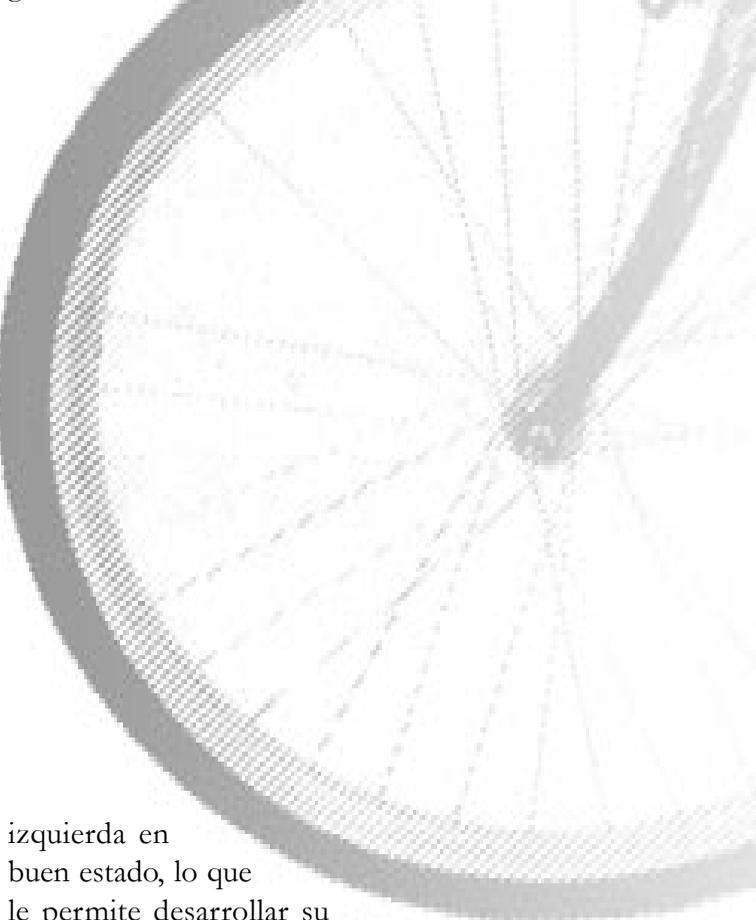
El ciclista llegó fatigado a su casa. Abrazó a su mujer, a sus hijas -que se parecían a él en forma dramática- y lloró sin cesar, hasta quedar agotado. Su mujer, afligida, lo interrogaba sin respuesta. Entre sollozos, Valentín alcanzó a decir:

—No te asustes, lloro de felicidad. Creo que estoy curado.

El barbado estaba agotado: había atendido a demasiados pacientes en el día. Encendió un cigarrillo y comenzó a redactar las historias clínicas de la jornada. Una de ellas decía:

«Paciente de 49 años de edad, con síntomas evidentes de depresión reactiva secundaria

a evento en su juventud. Deportista, practica ciclismo desde su niñez. A la edad de 19 años sufre accidente de tránsito mientras montaba su bicicleta. Como consecuencia, pierde su testículo derecho (extracción quirúrgica). La inspección física no muestra alteración ninguna, salvo la falta de su testículo derecho; resto del examen genital sin particularidades,



izquierda en buen estado, lo que le permite desarrollar su función reproductiva con normalidad. Después de comunicar al paciente la integridad de su función, este se retira del consultorio abruptamente, solo saluda agradeciendo. No se puede concretar próxima cita.

El doctor Cabrera dio la última pitada, apagó el cigarrillo y se quedó unos minutos con la mirada perdida en un punto de la pared, como pensando. Después sonrió y siguió escribiendo. Tenía mucho trabajo por hacer.

Luis Carlos Cabrera

El ciclán (que tiene un solo testículo).

Te proponemos una manera práctica de promover tu lectura. ¿Te parece mucho leer un libro por mes?, si no es así te presentamos los tres primeros para este otoño. No serán best seller, ni últimas ediciones. Serán solo recomendaciones de buenos títulos, si los querés cambiar por otros, adelante, lo importante es leer. En este otoño los elegidos son:

Libros viejos: antes de leerlo debés conseguirlo.

Título: **Ethan Frome**

Autor: Edith Wharton

La brillante escritora nacida en Nueva York, en este relato revela las miserias de un triángulo de convivencia entre Ethan Frome su esposa Zeena y su prima Mattie.

En un pueblo de Nueva Inglaterra marcado por sus inviernos interminables, se desata la desdicha y la desesperanza. La autora introduce al lector en un camino de ansiedad a la espera de la resolución de la tragedia. Descubre al máximo la inmovilización que causan el miedo y los prejuicios sociales. El lector se pregunta a lo largo del relato ¿porqué Ethan no puede desatar este nudo asfixiante?

Edith Wharton (de soltera Newbold Jones) nació en 1862 en Nueva York, criada en el seno de una familia próspera, recibió una educación esmerada. Se casó en 1885 con Edward Wharton de quien se divorció en 1913. Comenzó su carrera literaria antes de cumplir los treinta años. Fue ganadora del premio Pulitzer en 1920 y murió en 1937 en Francia, donde residía.

Título: **Formas transitorias**

Autor: Gabriel Bellomo.

Ediciones Simurg 280 páginas

En este su último libro, publicado a fines de 2005, Bellomo, con cinco historias breves entrelaza distintas décadas de la Buenos Aires del siglo pasado. Personajes sufridos, algunos de oscuro pasado,



se rozan en los distintos relatos. Un arquitecto alemán, un sastre judío, un fotógrafo desesperado y un vendedor de motores, entre otros, desnudan la desesperación que arrastran por sus historias pasadas.

Gabriel Bellomo, nacido en Buenos Aires en 1956, ha publicado varios libros de cuentos. Reportajes y ensayos en la revista cultural “Diógenes”. Permanecen inéditas sus novelas Línea de fuga, La draga y El informe de Egan.

Título: **El amor de los muchachos.**

Autor: Adrián Melo

Ediciones Lea 350 páginas

En esta obra el autor hace un recorrido literario de ejemplos de hombres que aman a otros hombres. Comenzando por la tragedia griega, escritores, literatos, directores de cine y personajes de relatos y novelas, se ven reflejados en estas páginas salpicadas de dramatismo y a veces de humor.

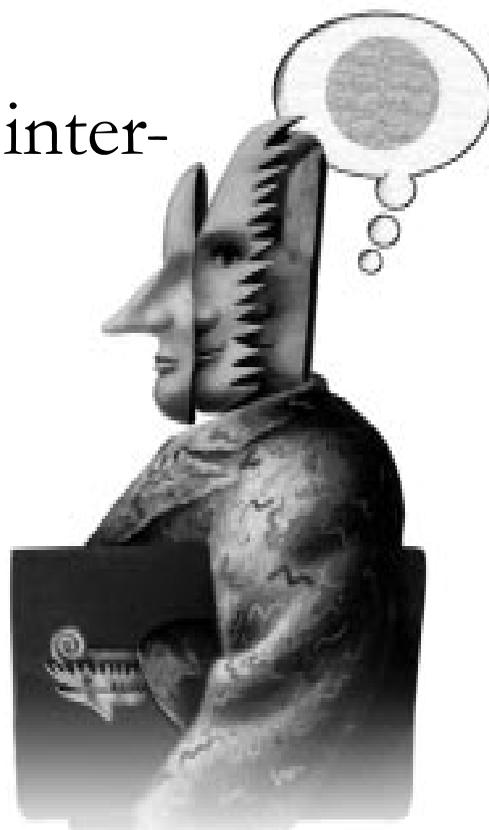


Truman Capote, Madame Satà, Tennessee Williams y Thomas Mann entre otros, integran el listado de los que por sí mismos o a través de las imágenes de sus relatos componen el mundo de “El amor de los muchachos”.

Muestra con crudeza los preconceptos, interpretaciones, rechazos y fantasías de la sociedad ante el conflicto de la homosexualidad.

La familia... Escuela de comunicación inter- personal.

La comunicación eficaz ha sido siempre un poderoso ideal para las personas y las instituciones. La familia puede enseñarnos hoy como hacerla posible.



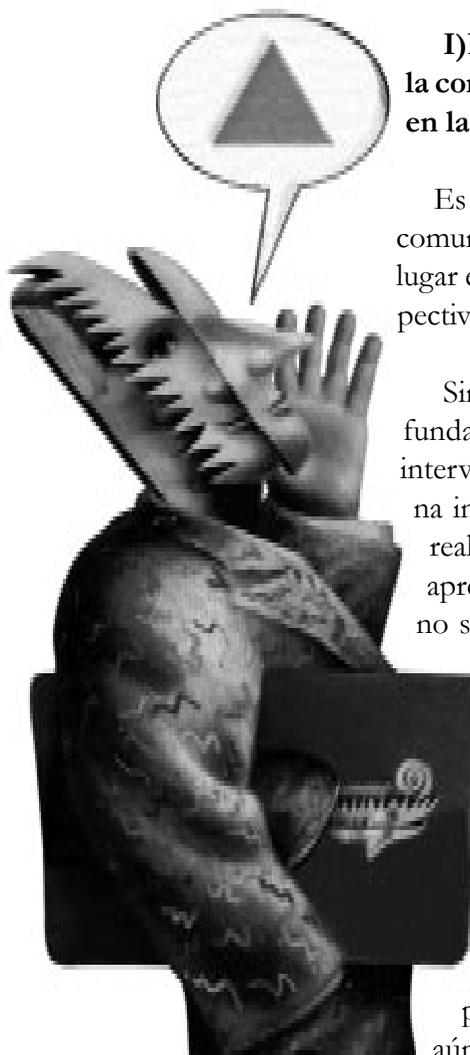
1) Posibles `significados` de la comunicación interpersonal en la familia

Es un lugar común hoy por hoy sostener que el aprendizaje de la comunicación, tanto de sus contenidos como de sus rituales, tiene lugar en el seno de la familia, sobre todo teniendo en cuenta la perspectiva de los hijos que nacen y viven en el contexto familiar.

Sin embargo, también los padres se constituyen en miembros fundamentales del núcleo familiar y, por lo tanto, también ellos intervienen y participan en los procesos de la comunicación humana interpersonal que tienen lugar. En algunos casos se plantea la realidad de que los papás “no saben comunicar(se)” y tienen que aprender a hacerlo. Y estas ausencias de la comunicación se dan no solo en el nivel de la paternidad - maternidad - filiación, esto es, en las relaciones que ellos entablan con sus hijos. Más aún, tal ausencia suele verificarse, en primer término, en la relación conyugal, en la interacción cotidiana que debe tener lugar entre ambos.

1.1. ¿Se puede aprender el arte de la `buena comunicación`?

Antes de avanzar en esta reflexión, quiero hacer una pequeña digresión respecto de la posibilidad, conveniencia o aún necesidad de “aprender a comunicarse”. ¿Puede aprenderse



la comunicación? ¿Hay técnicas, estrategias para ello? ¿Habrá Institutos, Centros, Laboratorios, especialistas que puedan hacerlo, eficazmente y a bajo costo? O por el contrario, la comunicación es algo que se da naturalmente, casi tan naturalmente como cualquier proceso biológico o fisiológico en el individuo humano. ¿Saber comunicarse no es, acaso, algo tan pautado y mecanizado como la respiración, el ritmo cardíaco, los procesos endocrinológicos que tienen lugar en el organismo humano independientemente de que el hombre lo quiera o no?. Es este un dilema que se ha planteado desde unos cuarenta años ya con bastante fuerza, en el ámbito de los estudios de la comunicación humana y social y también en las áreas de la psicología y de la sociología.

Y bien, aparentemente, un proceso tan natural, tan humano como comunicarse puede deteriorarse con el transcurso del tiempo, hasta me animaría a decir que es un proceso que puede enfermarse y, entonces, será necesario llevar a cabo acciones de mejora, de reparación; acciones de verdadero aprendizaje y re-aprendizaje. Recuerdo hace unos años ya haber leído un informe científico que daba cuenta de que en los Estados Unidos, poco después de finalizada la segunda guerra mundial, se habían montado Laboratorios de Comunicación Interpersonal -en la sede del MIT (Massachusetts Institute of Technology)- con el propósito de enseñar a la gente a comunicarse. ¡Y bien, las personas habían perdido el hábito de la buena comunicación interpersonal eficaz y, en consecuencia, había que “re-educarlas” en este delicado arte!. Quizás fuese que las personas no sabían cómo transmitir unos contenidos difíciles, o quizás, que las formas de “encodificar” -empaquetar- un mensaje no fuesen las más adecuadas. O quizás, pudiera darse que la gente, en realidad, lo que no sabía era cómo escuchar activamente. El problema de la in-comunicación podía estar en cualquiera de esos niveles mencionados. Pero lo cierto es que unos especialistas -profesionales comunicólogos, quizás psicólogos, especialistas en relaciones humanas - tenían que enseñarles códigos, estrategias y técnicas a esas personas que padecían y sufrían tales deficiencias. Y a uno se

le ocurre pensar que por cierto habrían de ser graves las consecuencias de la incomunicación si había sido necesario montar unos sofisticados laboratorios para enseñar tal arte.

Lo paradójico, lo curioso de este fenómeno que estoy relatando es que se trataba de algo que se daba en grandes ciudades densamente pobladas, lugares donde la gente hasta puede vivir en situaciones de hacinamiento. Y estoy diciendo que tal cosa tuvo lugar no en la Antigüedad clásica, sino hacia fines de los cuarenta. Lo que quiero destacar es que en la época de la masificación, de las urbes densamente pobladas, en la época -además- del nacimiento de las tecnologías que iban a permitir el crecimiento de los modernos medios de comunicación de masas, en suma, a la vista de tales realidades ineludibles, el hombre había perdido el sentido de la comunicación, no sabía como hacerlo y “expertos” en dichas estrategias tenían que enseñárselo.

1.2. Los padres, los hijos y las comunicaciones

Una conclusión importante que quisiera avanzar ahora es que así como en el apartado precedente he hablado de “aprendizaje de la comunicación” y de “expertos” en enseñar tal oficio, tal arte, tales técnicas y/o estrategias; en este parágrafo quiero poner de manifiesto que la familia tiene como misión específica el desarrollo humano pleno de todos sus miembros hacia la madurez no solo biológica, sino también psicológica, social y espiritual. En este sentido la familia está llamada a ser una verdadera `escuela de humanidad`. Ahora bien, quiero persuadir a Usted lector que dicha misión no puede sostenerse adecuadamente sino es a través de unas prácticas efectivas de comunicación interpersonal.

Los padres, los hijos, los hermanos; todos en la familia y toda la familia, en realidad, es gestora de comunicación. La comunicación en la familia tiene un sentido global pues todos co-

munican y, diría, que lo están haciendo todo el tiempo. No hay escapatoria satisfactoria posible a este hecho importante en la vida familiar de todos los días!. Sí, algún miembro de la familia pudiera aislarse y no querer comunicarse más, encerrándose en un mutismo absoluto. Pero, ¿sería eso posible?. Y si pudiera llevarlo a cabo, ¿por cuánto tiempo lo podría sostener sin que los otros miembros del grupo familiar no lo advirtiesen y no trataran, más aún, de sacarlo de tal encierro e integrarlo, de nuevo, al circuito de la comunicación?

Si me permitieran una comparación, diría que la familia se parece a una organización empresarial en cuanto a las formas, canales, vías y contenidos a comunicar. Puede pensarse, en efecto, que los padres son como los líderes de una corporación. A ellos les cabe comunicar la misión, la visión y los valores de la institución familiar, al resto de los miembros -que en general suelen ser los hijos-. Sin embargo, el ideario de la familia que dichos papás -junto con sus hijos- quieren ser, no solo es transmitido en un proceso de “bajada” a los más pequeños, como si estos últimos no tuviesen más que recibir pasivamente dicho ideal de sus “mandos superiores”. No, no es así. Al contrario, los hijos también participan en el proceso de identidad familiar, identificándose con dicho modelo mediante una participación comunicativa específica que solo a ellos les corresponde.

Con todo, quiero decir que los papás, en un sentido preciso, no solo “bajan órdenes”, imponen líneas, como si fueran líderes fuertemente autocráticos. Al contrario, la comunicación familiar -sobre todo la de los padres hacia los hijos- debe proponerse mediante el delicado arte de la persuasión. El padre y la madre deben saber “enamorar” a sus hijos de aquellos verdaderos valores humanos que habrán de pautar el camino familiar en ese largo recorrido que hacen los hijos hasta que ellos, a su vez, se convierten en padres.

¡El delicado arte de persuadir!. Esto me recuerda el viejo arte, un poco olvidado quizás

hoy, de la retórica: el arte de convencer al otro con buenas razones, con buenos argumentos, pero también con bello lenguaje de lo que uno pretende proponer. Se ha perdido un poco esto en la familia actual. Muchos padres, hoy, viven atemorizados, con una suerte de “complejo de inferioridad” frente a sus hijos que los frena en la necesidad de proponer lo valioso, lo noble, lo excelente, lo atractivo, lo bueno y lo bello a sus propios hijos. Uno ve como padres en retirada que se animan a pocas cosas grandes con sus hijos y más bien se dejan llevar por los torbellinos cambiantes, mudables y efímeros de las modas consumistas y hedonistas que hoy mandan, a veces sin piedad. Padres culposos que por no haber sabido ellos mismos llevar adelante una vida bien lograda, se sienten incapaces de proponerla, de verdad, a sus hijos. Y así es como renuncian, así es como se retiran, así es como dejan el terreno libre a la omnipotencia de los medios tecnológicos actuales con sus fantásticas posibilidades; así es como aparecen otros referentes de los chicos, de quienes no tenemos, en muchas ocasiones, certeza respecto de sus buenas intenciones.

La conclusión que es preciso sacar aquí es que, por un lado, los padres mismos han de proponerse una vida buena - como diría el filósofo griego Aristóteles hablando de la Ética humana- y, en segundo lugar, ser capaz de entusiasmar a los chicos con esta propuesta. ¡Por cierto que los chicos crecen y llegarán los tiempos en que pondrán en discusión y someterán a una dura crítica toda propuesta que venga de papá y mamá, solo porque vienen de esos dos que se han convertido, en pocos años, de ídolos a viejos, más o menos inservibles. Pero no hay que desesperar frente a tal realidad, bastante natural por cierto y que desde mucho tiempo se ha denominado con el rótulo de “crisis de la adolescencia”. Para ese caso, es preciso poner en juego otro dinamismo fundamental que acompaña a la buena comunicación: la confianza. Lo saben bien los que trabajan en las organizaciones humanas. La buena comunicación, la comunicación humana auténtica no puede sino comenzar, basarse y mantenerse sobre el fundamento de la confianza que el otro me proporciona y sobre la confianza

que yo ofrezco a los otros.

Sin embargo, los valores familiares de la madurez, de la interioridad y del crecimiento social han de ser libremente aceptados por los hijos y les cabe a éstos la responsabilidad de asumirlos como propios. Es, pues, esta tarea personal de `interiorización` de los valores existenciales la riqueza que aportan los hijos a la comunicación familiar. Lo que quiero decir es que tal comunicación tiene su vuelta al origen -admitiendo que los padres son los enunciadores de la pedagogía familiar de los valores- en la medida en que los hijos libre y responsablemente hacen propia la identidad familiar con todas sus consecuencias. En realidad, esta identidad familiar, análogamente al fenómeno de la cultura vigorosa que puede hallarse en algunas organizaciones en proceso de crecimiento, consiste en un compacto de sistemas de creencias, de ideas, de símbolos, de rituales y ceremonias cargadas de profunda significación en la tradición de cada familia. Desde actitudes y conductas hondas como es la postura existencial de la familia de cara a Dios, a la comunidad social y política en la que vive, de frente a los prójimos más cercanos al núcleo familiar, aunque no sean familiares, pasando por las vivencias respecto del amor, la sexualidad, la educación afectiva, la actitud frente al dolor y a la muerte; hasta, diría, cosas más banales como los hábitos alimenticios, las prácticas relativas al ocio, al esparcimiento; todas estas realidades configuran la identidad familiar y, a su vez, se ven profundamente conformadas por aquel proyecto de familia que idearon y se comprometieron a realizar marido y mujer cuando decidieron unirse, en cuerpo y alma, para siempre.

1.3. La identidad positiva “del otro” y el `amor de benevolencia`

Por último, -y para continuar con la comparación de la vida familiar con la vida de las organizaciones/instituciones- es verdad que así como una organización eficaz, vigorosa, posee una red fluida de comunicación interna mediante la cual se transmiten los contenidos, los símbolos, las percepciones y los sentimientos que tienen los individuos que componen esa organización; de

la misma manera tienen lugar los procesos de crecimiento, maduración e interacción en el núcleo familiar. En cada familia, lo quiera ella o no, existe esta red que no es otra cosa que una serie de lazos y vínculos cruzados, en ocasiones complejos, que existen entre marido y mujer, padres e hijos y entre estos últimos como hermanos. Y así, puede pensarse también que esta red implica y supone relaciones de autoridad y de obediencia, relaciones de igualdad, de fraternidad, de cooperación, y hasta de alguna forma permitida de competencia entre ellos con el propósito de sacar el mejor partido de una situación; también pueden darse “alianzas estratégicas” entre los miembros con el objetivo expreso de comunicar algo a otro(s) de la mejor manera posible. En suma, todas estas posibilidades también están presentes, y no hay por qué suprimirlas, en la estructura familiar. Pero, me pregunto, ¿cuál ha de ser el sentido y el fundamento ético de tales procesos?. Mi respuesta es que todas esas vinculaciones serán sanas, en lo psicológico, en lo social y aún en lo madurativo si todas, en conjunto, tienden a crear, mantener y fortalecer una identidad personal y colectiva positiva que facilite para todos y cada uno de los miembros de la familia buenas relaciones de afirmación. Quiero decir que la afirmación de la identidad de padres, hijos y hermanos no es otra cosa que la puesta en marcha de un estilo de comunicación que valore y promueva la identidad del otro, sacando del otro lo mejor que tiene de sí, los valores superiores que lo definen como una persona humana, y todo esto mediante lo que se ha llamado desde hace tiempo el amor de benevolencia.

El amor de benevolencia es una de las mejores formas y expresiones del amor y, para mí, constituye como el ideal supremo en el que debe concluir cualquiera de las formas de comunicación interpersonal en el seno de la familia. La etimología de benevolencia remite a `bene` y `volere` que significa `querer el bien`. Pero, ¿querer el bien para qué, para quién?. Sencillamente, para el otro, para aquel que es mi prójimo, el que tengo a mi lado. Amor de bene-

volencia, entonces, es querer al otro y quererlo bien, deseándole y proporcionándole el bien -y los bienes- que necesita. ¡Y cuánto, quizás, las familias de hoy, y sus miembros en particular, están necesitando este amor de benevolencia, a la vez, fuerte y valiente, pero también suave y paciente!. Este, creo yo, es el amor que ha de animar la comunicación interpersonal en la familia; este es el amor que ha de distinguir el verdadero carácter de toda familia que se decida a sumir el compromiso de ser escuela de humanidad.

II) “Padres demasiado ocupados”. Efectos psicológicos y sociales de la ausencia de comunicación familiar



Es sabido que la buena comunicación para que tenga resultados eficaces necesita de la presencia de ambos interlocutores en el proceso de interacción. Diría yo, alguna forma de presencia. La que mejor imagino para la comunicación interpersonal es la presencia cara a cara, la presencia de relación inmediata que permite ver y hasta tocar al otro. Ahora bien, si tomo en cuenta algunas estadísticas de situaciones conflictivas en las familias de hoy, una de las posibles causas de tales conflictos consiste en el poco tiempo que pasan los padres con sus hijos, el escaso número de horas de relación que son necesarias para una comunicación fluida, tranquila, a la medida del hombre. Alguien, quizás, me dirá con tono de objeción: “pero no importa tanto la cantidad de tiempo que uno tenga con el otro; lo que cuenta es la calidad, esto es, la importancia de lo que se dice y se manifiesta en ese corto tiempo ...”

Concedo que la objeción no deja de tener cierta validez y consistencia. En efecto, yo y también cada uno de Ustedes conocemos casos de personas, de familias que, a pesar del poco tiempo disponible, se las arreglan para que las cosas marchen bien y se advierten en ellas frutos saludables: padres firmemente unidos en su misión y quehaceres familiares, hijos sanos y bien integrados, buenos lazos fraternos, óptima acogida de otros miembros que no pertenecen a los lazos familiares directos, etc. Sí, esto es verdad. Ahora bien, tendrá que concederme quien objetó mi afirmación primera que la cantidad de tiempo deja de ser un asunto esencial cuando, y a condición de que, la calidad de las relaciones esté decididamente asegurada. Y no quisiera ser pesimista, pero me parece que no es la calidad la que en la cultura actual está asegurada en las comunicaciones interpersonales dentro de la familia. Pero quisiera explicarme un poco más.

2.1. La imposibilidad de “no comunicar”

Algunos estudiosos de la comunicación humana piensan y afirman que la comunicación

no es solo aquello que yo digo con las palabras. Van más allá y sostienen que toda conducta es comunicación. Y si esto es así, los diversos modos de conducta de los que disponemos como “animales parlantes”, a saber, las palabras, el lenguaje que empleamos, los tonos e inflexiones con los que codificamos lo que decimos; las posturas corporales y gestuales que adoptamos cuando hablamos y, por fin, el contexto social y ambiental en el que decimos lo que decimos; todos ellos son otros tantos modos de comunicar y son canales de comunicación. Se ve así, en primer término, que comunicar es una conducta como muchas otras y, en segundo lugar, que esa conducta es algo mucho más amplio, más complejo también, que el lenguaje y las palabras por muy rico que sea aquél y por más variadas que éstas sean.

Es preciso recordar, reafirmar, algo que de tan obvio que es suele pasar inadvertido. En todas y cada una de las cosas que hacemos, siempre nos estamos comportando. De otro modo, no hay “no-conducta”, o, para decirlo de un modo más simple si se quiere, es imposible no comportarse. Ahora bien, si aceptamos que toda conducta tiene un valor de mensaje, esto es, que toda conducta es comunicación, fácilmente se deduce que por mucho que lo intentemos, no podemos dejar de comunicar. Entonces, las palabras o el silencio, las acciones o la inacción, tienen siempre, inexorablemente, un valor de mensaje. Quiere decir esto que influyen sobre los demás, lo quiera o no lo quiera quien comunica. A su vez, los que reciben dichos mensajes no pueden dejar de responder a tales comunicaciones y, por lo tanto, también comunican. Es preciso concluir, entonces, que la mera ausencia de palabras entre marido y mujer, sentados a la mesa durante la cena; o la ausencia de atención recíproca entre hermanos contemplando a través de la ventana cómo llueve, comunican que, tal vez, no desean hablar entre sí, ni con nadie que estuviera cerca. O quizás también están comunicando que no desean que alguien les hable y, sus vecinos, -la mujer, el marido, los hermanos entre sí- pueden captar dicho mensaje

y responden de manera adecuada, dejándolos tranquilos o mascullando sus broncas en la intimidad. Aquellos silencios -entre marido y mujer y entre los hermanos juntos frente a la ventana- constituyen intercambios de comunicación tan válidos -es decir con significados propios- en la misma medida en que es válida una discusión exaltada llena de palabras y de gestos.

Quiero expresar, para cerrar este pequeño apartado introductorio, que no solo es eficaz aquella comunicación que se lleva a cabo de una manera intencional, conciente, abierta o manifiesta, es decir, aquella en la que los interlocutores suelen lograr, mediante sus palabras y gestos concientes, un acuerdo o



entendimiento mutuo. De un modo más sencillo, lo que quiero afirmar es que aún cuando no quiera comunicar algo, aún cuando no me haya propuesto decir esto o aquello, con todo, mis silencios, o mis palabras más o menos encubiertas, o mis gestos. pueden delatar aquello que, justamente, estoy tratando de ocultar. Estos fenómenos suelen ser muy habituales en las comunicaciones cara a cara entre amigos, conocidos, y también entre papá, mamá, hijos y hermanos. Y cada uno de nosotros, estamos atentos a descubrir cuáles son las “señales” que el otro puede dejarme, como al pasar, para decodificar el mensaje que permanece oculto. Pero volveré sobre este fascinante aspecto de la comunicación en la última parte de este artículo. Ahora que he aclarado todas estas premisas necesarias, quisiera dar un paso más.

2.2. Crisis de la comunicación interpersonal en la familia.

Al principio de esta segunda parte del trabajo, dije que se registran problemas de ausencia de los padres en las relaciones diarias de la vida familiar. Y al parecer dichas ausencias tienen consecuencias en cuanto a la calidad de las comunicaciones intrafamiliares y, desde luego, generan consecuencias en los procesos de educación y crecimiento de los chicos. Pues bien, lo que he explicado respecto de que toda conducta es comunicación, me sirve ahora para afirmar que las dichas ausencias no son solo ausencias. Son también, y a pleno derecho, actos específicos de comunicación. Son modos de decir algo. La ausencia es un mensaje con contenido propio que se está pasando, transmitiendo a los otros, sean estos mi mujer, el marido, los hijos, los hermanos, etc. No digo que toda ausencia de por sí tenga efectos nocivos, produzca relaciones negativas que perturben la identidad de la familia y la de sus miembros. Pero sí, hay ciertas ausencias afectivas que, en la cultura y en la sociedad de hoy, en la Argentina desde luego, sí están provocando problemas, conflictos, desajustes y hasta enfermedad.

Yo estoy convencido de que la ausencia afectiva del papá y/o de la mamá son la causa más importante, actualmente, de las crisis de identidad y de madurez afectivas que padecen los chicos y los adolescentes de nuestro medio. Una afirmación así, tan tajante, tan categórica, parece dura. Y en verdad lo es. Pero quiero desarrollar mejor las razones por las que pienso así. Afirmé al principio de este ensayo que el conjunto de comunicaciones que mantenemos con otros individuos -cónyuge, hijos, hermanos- contribuye fundamentalmente a formar la identidad personal, tanto si dichos intercambios de comunicación encierran un contenido intelectual o afectivo, como si definen un tipo de relación. ¿Qué quiero decir con “relación”? Pues, sencillamente, eso: una situación en la que dos personas definen cómo se ubican o se posicionan una respecto de la otra. Ejemplo: una madre no puede ser madre si no tiene un hijo. “Ser madre”, diría consiste, en este sentido, en una relación con alguien definido como “hijo”. Eso es lo que quiero decir que toda comunicación define una relación determinada entre dos personas. Como diré enseguida el problema puede estar en los modos y en las formas que los miembros de la familia emplean o utilizan para definir sus relaciones propias. Y en estos modos de definir suele tener máxima importancia la presencia o la ausencia del alter (otro) - o de los otros- que son “significativos” para el ego (yo).

Dije también que toda identidad requiere la existencia de otro, de ese otro que permite que se desarrolle la identidad de uno mismo al relacionarnos con él/ella (papá y mamá). Hace ya unos decenios que algunos notables psicólogos, dedicados al estudio del desarrollo infantil, propusieron la tesis de que la identidad de un niño -la de un hijo se puede decir- se construye en relación con las comunicaciones que mantienen con él quienes le rodean. En efecto, es a través de las relaciones de comunicación con su familia que el hijo, niño o niña, recibe una `definición` de sí mismo que, en ocasiones, puede resultarle difícil de rechazar a causa del poder, del peso afectivo, de la dependencia que contiene esa relación sea con su padre, sea con su madre, o con ambos. Esto que digo tiene,

quizás, un sentido dramático pues estoy diciendo que esa definición del hijo que proporciona el papá o la mamá suele ser difícil de rechazar. Es evidente que una relación de confianza que promueva los mejores valores del hijo y en el hijo, sí, que vale la pena como aventura del crecimiento. El problema se presenta con algo que, siguiendo a un autor, yo denominaría comunicaciones de invalidación. ¿De qué se trata, en realidad?

Las comunicaciones de invalidación no solo cuestionan la identidad del otro, en ocasiones más graves, niegan la identidad del otro. Una relación entre padre/madre e hijo puede ser tan “desigual” que este último es como si fuera obligado, por decirlo así, a convertirse en lo que aquellos desean. Cuando esto sucede, no hay casi necesidad de palabras sino que basta con una mirada, un simple contacto, un carraspeo de la voz, un silencio que implica ausencia. Precisamente, la ausencia de comunicación señalada aquí puede ser la forma más terrible y torturante de comunicar algo, a saber, que el otro no me interesa en absoluto, que me da igual que exista o no exista sobre la faz de la tierra. ¡Qué dura realidad para un niño es percibir esta `comunicación de ausencia`, de papá o mamá, y cuánto puede comprometer su identidad como persona en crecimiento!. Es más, algunas investigaciones en el campo de la psicopatología y de la psiquiatría actuales han demostrado que este es el mecanismo que permite dar cuenta de la identidad de ciertos enfermos mentales, es decir, mediante comunicaciones “patológicas” que la familia mantiene con ellos. En efecto, las comunicaciones de los padres con sus chicos pueden ser tan negativas que incluso lleguen a `fabricar` identidades patológicas que pueden llegar incluso a la enfermedad mental grave.

La comunicación de invalidación genera, entonces, trastornos de identidad pues se caracterizan fundamentalmente por contener de un modo explícito, pero también implícito, una negación del otro, una negación que suprime al otro en su posibilidad de ser lo que ha de ser. Por eso la crisis de la comunicación al interior de la familia -en razón de eso que he llamado `padres demasiado

ocupados` - implica que el tiempo, en cantidad y calidad, que no le dedicamos a los chicos es un modo poderoso de expresarles que ellos no nos interesan.

`Padres demasiado ocupados` es un problema central de nuestra época y de nuestra cultura que está generando un tipo particular de niño con dificultades específicas en el desarrollo intelectual, en la expresión de las emociones, en la capacidad de establecer vínculos sociales sanos, en el rendimiento escolar, en la habilidad para entretenerse sanamente. De allí que muchos padres se quejen, y en ocasiones con razón, de la tiranía a la que los someten sus propios hijos. Pero es que esto es así pues lo que están queriendo reclamar los chicos con esas conductas tiránicas es la atención amorosa de aquellos que les dieron la vida y los trajeron a este mundo. Es, a veces, un grito dramático que dice ¡aquí estoy, los necesito, necesito que me quieran, que me hablen, que se interesen por mí! Y ese interesarse por el chico puede llevar a que los padres tengan que poner límites a sus hijos, imponer alguna sanción o algún castigo; en ocasiones, una buena reprimenda. No hay que ver esto con malos ojos, pues también es un modo de educar a los chicos en los valores objetivos, en la adquisición y cultivo de los buenos hábitos. Más aún, me animaría a decir que un chico agradecerá, a la corta o a la larga, que sus padres les hayan impuesto límites y no hayan dejado que siguieran siendo pequeños tiranos. Lo agradecerá un chico pues es un modo de constatar, de advertir que, aún en el castigo justamente impuesto, el padre se interesa por él, lo quiere, lo considera, lo tiene en cuenta como alguien que está, que existe, se da cuenta de un modo vital, en suma, que no es un ausente.

III) Los “dos brazos” de la comunicación familiar eficaz: el lenguaje de las palabras y el lenguaje de los gestos

En el apartado anterior expliqué que toda conducta es comunicación, tanto la verbal como aquella que tiene lugar mediante el con-

tacto visual, los gestos corporales y aún la que tiene lugar mediante la distancia corporal que existe entre dos interlocutores. Quisiera revalorizar, en esta última parte del artículo, el significado comunicativo y educativo que tienen los gestos en las relaciones interpersonales entre los padres y entre éstos y los hijos en el seno de la familia.

Que los gestos y el contacto corporal, como modos privilegiados de la expresión de los afectos, tienen capital importancia en el desarrollo biológico y social de la personalidad humana no es algo que estoy descubriendo yo en este momento. Desde unos cuantos decenios ya se ha hecho evidente que la relación 'madre-hijo', a través del contacto cuerpo a cuerpo, no solo es necesaria para el desarrollo afectivo; hasta el desarrollo corporal puede favorecerse o comprometerse seriamente si aquélla tiene lugar de modo deficitario o, sencillamente, falta por completo. ¿Desarrollo biológico?. Sí, ha leído bien: desarrollo biológico. Hace unos cuantos años, un psiquiatra y un pediatra norteamericanos describieron un fenómeno típico de relación 'madre'-hijo al que denominaron "hospitalismo". Síndrome de hospitalismo o, de modo más técnico, 'depresión anaclítica'. ¿En qué consistía este cuadro?. Dicho en pocas palabras, consistía en que niños muy pequeños, abandonados por sus madres biológicas y alojados en un hospicio, quedaban al cuidado de médicos y enfermeras durante los primeros meses de su desarrollo a la espera de que familias pudiesen adoptarlos. Ahora bien, lo notable de este caso es que esos niños estaban muy bien atendidos y cuidados en lo concerniente a alimentación, higiene, calidad del medio ambiente físico, cobertura médica, etc. Y sin embargo, lo paradójico es que algunos de ellos, en un momento determinado de su desarrollo, comenzaban a evidenciar ciertos trastornos físicos: pérdida de tonicidad muscular, pérdida de peso, problemas gastro-intestinales y, en los casos más serios, como una suerte de detenimiento del desarrollo. ¡Era extraño pues a esos niños no les faltaba nada!. ¡Hasta tenían

una buena enfermera que se encargaba de alimentarlos!. Con todo, uno de esos doctores descubrió que precisamente aquí radicaba el problema: una sola enfermera se encargaba de atender a quince o veinte chicos sin detenerse específicamente en cada uno de ellos más tiempo del requerido por las normas del Hospital. ¿Qué les faltaba a esos pequeños que lo tenían todo?. Les estaba faltando una relación personalizada, no ya de la madre biológica, sino de alguien que hiciera las veces de madre y que se ocupara de tal suerte que entre ellos -enfermera-bebé- tuviese lugar un contacto físico, una expresión de afecto mínimo, diría yo, que incluyera las caricias y hasta los besos. Y esto último fue lo que le solicitaron los médicos a las enfermeras que hicieran con los bebés. El resultado fue altamente positivo: el "tratamiento" logró recuperar casi un 70% de los chicos que presentaban síntomas o trastornos graves en su desarrollo biológico.

3.1. Comunicación afectiva y corporalidad.

Pues bien, ¿qué lección nos deja la experiencia del 'hospitalismo'?. La respuesta es algo tan obvio que hasta resulta ridículo decirlo, a saber, que la expresión del amor entre padres e hijos ha de incluir una comunicación afectiva y efectiva de la corporalidad. Es preciso, entonces, que padres e hijos aprendan a comunicar -y a comunicarse - los bienes, los valores y los sentimientos con todas las dimensiones no verbales de su propia personalidad. Y en este sentido, la expresión física del cariño, hasta el contacto que proporciona un buen abrazo, una prolongada "sesión de besos" con los chicos -sean pequeños o ya casi púberes- es algo no solo necesario sino profundamente humano. Sí, es muy propio del hombre este modo de comunicar y de comunicarse. ¡No es casual que la buena filosofía nos haya enseñado desde antaño que el hombre es una unidad inseparable de alma y cuerpo!. Más todavía, esta unidad no es fortuita, no es algo que pueda ser o no ser así. Tal unidad es una condición indispensable para entender verdaderamente qué es el hombre, y todo aquello que vaya contra esa unidad inseparable habrá de

tener consecuencias negativas para él, para las relaciones sociales, en general, y para las relaciones interpersonales dentro de la familia.

Si la persona es una unidad inseparable que incluye todas sus dimensiones -cognitiva, emocional, corporal y social- entonces, la comunicación efectiva en el interior de la familia ha de tener en cuenta este principio, este hecho básico. La comunicación entre los miembros de la familia habrá de sostenerse, también, sobre la necesaria expresión gesticular de las relaciones de afecto. Es más, se ha visto que la buena calidad de las relaciones que establecen los miembros de la familia entre sí dependen, en buena medida, de la buena salud de que goza la comunicación no-verbal. Confrontando esta afirmación con algunos resultados aportados por la investigación en el campo de la conducta animal, se ha visto -por ejemplo- que las mascotas, los animales domésticos a menudo `comprenden` lo que sus dueños les dicen. Es evidente que lo que el animal sí comprende no es, desde luego, el significado de las palabras sino el caudal de comunicación no-verbal que de continuo acompaña el habla del dueño.

En efecto, y puesto que la comunicación -aún la que tiene lugar entre animales- se centra en aspectos de `relación` puede sostenerse que el lenguaje verbal -la comunicación lingüística- deja de tener ese rol exclusivo que le ha conferido la cultura racionalista en los decenios precedentes. Y esto ocurre no solo entre los animales, entre el hombre y los animales, sino sobre todo en muchísimas situaciones de la vida humana. Tal es el caso, por ejemplo, de los gestos y acciones que tienen lugar en el ritual del galanteo, de aquellos relativos al amor sexual, o bien, de los que anteceden y acompañan a las acciones de combate, de lucha, de pelea. También hay que incluir -como expliqué al inicio de este último apartado- las formas de comunicación que suelen darse en el trato con niños muy pequeños o enfermos mentales perturbados. Se ha dicho por allí, de un modo un poco jocoso, que a los niños, los tontos y los animales se les atribuye, desde siempre en nuestra cultura, una intuición particular para detectar la autenticidad o la

mentira que se esconden detrás de las actitudes humanas, de los adultos sobre todo. En efecto, resulta bastante fácil y cómodo proclamar algo verbalmente pero resulta muy difícil “expresar” una mentira en el ámbito de lo gestual, de lo facial, de lo ocular. En general, no sabemos “mentir” con el cuerpo. De allí que un gesto o una expresión facial puede revelar mucho más que cien palabras. ¿No es ese, acaso, el sentido del dicho popular?

3.2. Comunicación no-verbal al servicio del amor, del respeto y del perdón

Puede pensarse que está bien que se exalte el valor de la comunicación no verbal, al lado del valor conferido a las palabras. Y está bien, pues también el hombre y la familia, viven de los gestos que ayudan a transmitir y corporizar los valores. Pero no es menos cierto que la comunicación, por más eficaz y efectiva que sea, no es más que un instrumento al servicio de otra cosa; es un medio ordenado hacia un fin determinado que la ennoblece y dignifica. Pero, ¿cuál es el fin al que sirve la comunicación humana interpersonal dentro de la familia?. Ese fin está articulado en torno a `tres bienes` imprescindibles que hacen a la plena realización de la familia como institución humana exitosa.

Son ellos el amor, el respeto, y por último, el perdón. En verdad, son las tres actitudes que si están presentes determinan la “buena salud” de las relaciones interpersonales de los miembros de la familia. ¡Cuánto se ha dicho y se ha escrito sobre el amor, el respeto y el perdón!. ¡Ríos de tinta, cientos de palabras pronunciadas en discursos, en congresos, en actos públicos de diverso tipo! ¡Innumerables grupos e instituciones se han querido adueñar del sentido propio de estas tres acciones típicamente humanas!

¿Qué decir de ellas que no haya sido dicho ya?. En primer término, ya he dicho algo del amor cuando hablé de una de sus formas, el amor de benevolencia. Lo primero respecto del

amor es decir claramente que el verdadero amor no es un sentimiento pasajero, que hoy está y mañana puede dejar de estar, sin consecuencia alguna. Y sobre todo es necesario afirmar que no es una emoción a flor de piel. Amar, en familia y fuera del ámbito familiar, es donarse; es un acto importante de oblación, de renuncia, de sacrificio en bien de otro. Claro que entendido así, el amor es exigente y reclama de parte del amante y del amado voluntades fuertes, capaces de sostener con sus actos tal orientación a lo largo del tiempo. Por esto último, quizás, es que el amor está en crisis, como suele decirse. Pareciera que se ha debilitado enormemente la capacidad del hombre para sostener en el tiempo una decisión personal sobre la base de exigencias y sacrificios. Naturalmente, no hay que pensar que quien ama, porque ha de sacrificarse y aceptar renunciaciones, se ha de convertir en alguien triste y melancólico. No, el amor verdadero implica también alegría y entusiasmo. Justamente porque amando soy convocado por la excelencia del otro, por la bondad que el otro encierra para mí. Y porque eso me hace pleno, por esa misma razón, soy capaz de entregarme. ¡Y si esto se dice del amor en general, cuánto más ha de decirse del amor que tiene lugar al interno de la familia!. ¡Cuánto más las relaciones amorosas que sostienen y animan las comunicaciones dentro de la familia deben estar alimentadas de ese entusiasmo y de esa oblación constantes!. ¿No será esta incapacidad de entregarse generosamente, tal vez, una de las causas que explica la crisis de la familia actual?.

Lo que debe decirse del respeto es que si una familia, en sus relaciones de interacción y comunicación, carece de amor pues carecerá, inexorablemente, del respeto. ¿Qué significa respetar al otro?. Pues reconocerlo en la dignidad humana que tiene, dignidad que lo hace igual a mí en cuanto a deberes y derechos. Y esto vale para la mujer, en el caso del marido, para los hijos en relación con sus padres y, por fin, para los hermanos entre sí. Yo respeto a otro cuando reconozco que el otro ha de tener

las posibilidades humanas y existenciales para realizar la vocación a la que ha sido llamado y a encarnar, con su estilo personal, aquellos valores que lo harán mejor hombre, mejor mujer. Y en la familia esto ha de traducirse, principalmente, en la responsabilidad educativa que los padres tienen hacia sus hijos. Ahora bien, respetar no significa dejar que el otro se proponga y haga cualquier cosa con tal de que lo haga “espontáneamente”. Hay límites éticos naturales que no pueden transgredirse sin consecuencias. Uno debe respetar lo que el otro piensa, decide y hace a condición de que elija aquello que le haga bien en lo más profundo de su naturaleza. Por último, la comunicación en el día a día de los miembros de la familia ha de trasuntar las delicadas formas del respeto mediante el cuidado de las palabras y de los gestos que sirven para relacionarnos.

Por último, el perdón. ¡Qué palabra!. ¡Qué profundos sentidos se ocultan detrás del perdón!. De la misma manera que el respeto tiene su raíz en el amor, también el perdón supone el amor. Quien ama de verdad, es capaz de perdonar. Y no solo de perdonar, sino sobre todo e igualmente importante, de ofrecer perdón. En primer lugar, admitir que es necesario perdonar y ser perdonado supone que hay males, errores que es preciso erradicar de nuestras relaciones, precisamente porque dañan el sentido profundo que las animan. Si todo fuera igual, si valiese lo mismo un gesto de calidez que el insulto o la indiferencia, entonces, no habría ni `bien` ni `mal` en nuestras comunicaciones, y, por lo tanto, no habría necesidad de reparar el mal hecho o cometido contra otro pidiendo perdón. Los filósofos, los poetas, los grandes místicos han advertido, desde siempre, que el mal crece junto al bien, que la “cizaña” va de la mano, casi, junto al “trigo”. Y esto pareciera un hecho incuestionable. Sin embargo, es imperativo que hagamos el bien que eleva y evitemos el mal que daña al que está a nuestro lado. En verdad, no tienen las mismas consecuencias interpersonales y sociales el cuidado amoroso del que sufre y necesita afecto que el desprecio, la indiferencia y peor aún el odio. Y cuando son estas últimas actitudes y acciones las que tienen lugar entre nosotros, entonces, es

necesario “empezar de nuevo” pidiendo perdón. ¡Y también ofreciéndolo cuando alguien reconoce que se ha equivocado!. ¡Tan bueno y tan necesario es esto en las conflictivas situaciones que hoy vivimos!. Puede uno preguntarse, y examinarse, cómo se vive esta realidad del perdón en la familia actual. ¿Estamos dispuestos a pedir perdón a nuestros hijos cuando los hemos ofendido o humillado?. ¿Soy capaz también del coraje y de la humildad que requieren el dar el perdón a mi hijo, a mi mujer, a mi marido cuando me lo solicitan?.

Pero hay otro aspecto importante que da lugar a la necesidad del perdón. Se entiende y se vive sin complejos y sin culpas el perdón cuando entiendo que yo mismo y los otros que me rodean somos débiles y estamos sujetos a miserias. ¡No somos perfectos ni omnipotentes!. ¡Somos humanos, imperfectos!. ¡Vaya descubrimiento!. Pero, pareciera que lo hemos olvidado. Ser capaz de reconocer que yerro, tener el coraje de admitir mis errores y debilidades es una valentía de pocos hoy en día. Nadie quiere admitir esto en el mundo de hoy. Vivimos del éxito, de los grandes logros, de las inmensas posibilidades de que somos capaces. ¿Qué locura es esa de reconocer que me equivoqué?. ¡Me van a tomar por imbécil, por débil, por fracasado!. Y, con todo, la familia es la comunidad amorosa que necesitan los “débiles”, los “fracasados” pues débiles y fracasados somos todos -papá, mamá, hijos- cuando fallamos, cuando nos equivocamos seriamente en perjuicio de otro. Pero, precisamente, allí está la familia como sede del amor incondicional para decirnos que no importa, que se puede comenzar de nuevo porque no somos ni perfectos, ni genios, ni héroes infalibles. Este es el sentido que tiene la familia como comunidad del perdón.

Ojalá que estas reflexiones nos ayuden a re-pensar y a re-crear la familia, como institución humana en general, y cada una de nuestras familias, en particular, pues como digo en el título estoy convencido de que es preciso apostar por la familia, escuela de comunicación, de relaciones humanas y de educación en valores.

Ernesto R. Alonso

Universidad Austral
ernesto.alonso@fci.austral.edu.ar



Fundación tres pinos

Promueve su:

Primer concurso anual internacional de relatos “Crepúsculo”

1. Podrán participar en este premio autores de cualquier nacionalidad, mayores de 18 años, con una única obra original e inédita (incluso no publicada en Internet), escrita en castellano, de tema libre, que no haya sido premiada anteriormente en ningún otro certamen ni tenga comprometidos sus derechos.

2. Las obras tendrán una extensión máxima de 6 carillas. Serán presentadas por triplicado, mecanografiadas a doble espacio en formato DIN A4, letra Times New Roman o similar, a cuerpo 12.

3. El plazo de presentación de las obras se dará por cerrado el día 15 de setiembre de 2006 (se tomará como válida la fecha del matasellos del correo). La entrega de premios se realizará a fines de noviembre del mismo año.

4. Los originales serán firmados con seudónimo, adjuntando en un sobre cerrado (plica) el nombre completo del autor, su DNI, número de teléfono, dirección completa y dirección de correo electrónico. En el anverso del sobre constará el título del relato.

5. El jurado procederá a la apertura de las plicas una vez realizado el fallo del concurso. La Fundación destruirá los relatos no premiados.

6. Los originales deberán ser enviados a:

Primer concurso anual internacional de relatos “Crepúsculo”

Fundación “Tres Pinos”, Moreno 1836, 6o. “B”. CP 1094

7. Se otorgarán

Primer premio: consistente en \$ 2.000.

Segundo premio: \$ 1.000.

Tercer premio: \$ 500.

Además, estos tres primeros premios implican la publicación del cuento en la página web de la Fundación Tres Pinos y en la revista Crepúsculo, y el correspondiente diploma. También se le entregarán al autor gratuitamente 10 números de la revista.

Asimismo se elegirán tres menciones especiales, a las que se les otorgarán respectivos diplomas.

8. El autor no pierde los derechos del relato premiado.

9. El jurado (cuyos nombres serán revelados el día de la entrega de premios) estará compuesto por importantes personalidades del quehacer literario. Su decisión será inapelable.

10. El concurso podrá ser declarado desierto.

11. La presentación al concurso implica la aceptación de estas bases.

12. La Fundación Tres Pinos se reserva el derecho a decidir, de manera irrevocable, sobre cualquier contratiempo o situación que se presente en el concurso y que no esté previsto explícitamente en estas bases.

Hacer el pan en casa...

Fare il pane in casa.



El arte de hacer el pan deriva de miles de años, cuando nuestros ancestros aprendieron a recolectar los cereales silvestres.

La permanencia de esta antigua costumbre se puede explicar a partir de la satisfacción que da el amasar y cocinar el pan con nuestras propias manos. También, la misma puede ser explicada por el maravilloso aroma del pan fresco leudado hecho en casa que invade la cocina y por el placer de los familiares y de los amigos cuando el mismo es ofrecido.

La levadura.

La levadura para preparar el pan se encuentra en el mercado en dos formas: en polvo o en pequeños panes. La levadura en polvo viene en bolsitas.

La harina.

El mejor tipo de harina para hacer el pan es la de trigo que desarrolla una proteína llamada "glúten" que le otorga al pan su estructura.

en la mayor parte de los casos la harina blanca simple les dará buenos resultados para esta receta.

Preparar la levadura.

Necesitan un pequeño recipiente, agua tibia y azúcar. Las cantidades exactas están indicadas en las recetas.

1. Introducir la levadura en

L' arte di fare il pane risale a migliaia di anni fa, quanto I nostri antenati impararono a raccogliere I cereali selvatici. Questa antichità può essere spiegata dalla soddisfazione che si ha dall'impastare e cuocere da soli il pane. Comunque essa può essere spiegata anche dal meraviglioso aroma del pane fresco lievitato fatto in casa che pervade la cucina e dal piacere dei familiari e degli amici quando viene loro offerto.

Il lievito.

Il lievito per preparare il pane si trova in commercio in due forme: in polvere e piccoli panetti. Quello in polvere è venduto dentro piccole bustine.

La farina.

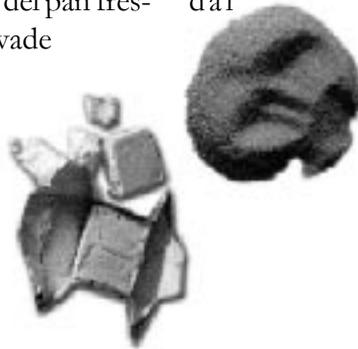
La farina migliore per fare il pane è quella di frumento, che sviluppa una proteina chiamata "glutine" che conferisce al pane la sua struttura. Nella maggior parte dei casi la farina bianca semplice vi darà buoni risultati con le ricette di questo libro.

Preparare il lievito.

Avete bisogno di una piccola ciotola, di acqua tiepida e di zucchero. Le quantità esatte sono indicate nelle ricette.

1. Mettete il lievito nella ciotolina. Se usate quello fresco sbriciolatelo con le dita

2. Aggiungete lo zucchero e metta acqua tiepida e mescolate



el bol. Si se usa el fresco desmenuzarlo con los dedos.

2. Agreguen el azúcar y la mitad del agua tibia y revuelvan con un tenedor hasta deshacer toda la levadura.

3. Dejen reposar por 10 minutos. Cuando esté lista se asemejará a una crema. Mezclen antes de proceder a amasar.

Preparar la masa

Usen un bol, harina, sal, la mezcla de levadura, una cuchara de madera y agua.

1. Pongan la harina en el bol y sálenla. Hagan un hueco en el centro e incorporen la levadura y todos los otros ingrediente indicados en la receta. Utilicen una cuchara de madera para mezclar el preparado.

Mezclen hasta que la harina sea totalmente absorbida.

2. La masa se transformará en una pelota áspera. Enharinen una superficie para trabajar la masa, preferentemente de madera.

Pongan atención a que la harina a utilizarse para enharinar la superficie de trabajo no esté incluida en los ingredientes.

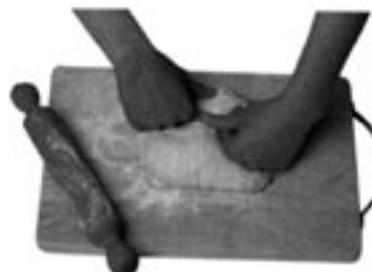
Necesitán, entonces, media taza de harina extra para esta operación.

Utilicen una espátula o las manos para transferir la masa sobre la superficie de trabajo.

Con los dedos presionen la masa para darle la forma de una pelota compacta.

3. Presionen la masa con los nudillos para extenderla un poco más.

Tomen el extremo de la masa y dóblenlo hacia adentro, presionen nuevamente.



con una forchetta fino a sciogliere tutto il lievito

3. Lasciate riposare per 10 minuti. Quando sarà pronta assomiglierà ad una crema. Mescolate ancora prima di procedere ad impastare.

Preparare L'impasto

Usate una ciotola, farina, sale, la miscela di lievito, un cucchiaio di legno e acqua.

1 Mettete la farina in una ciotola e salatela. Fate un buco al centro e versatevi la miscela di lievito e tutti gli altri ingredienti previsti dalla ricetta. Utilizzate un cucchiaio di legno per mescolare il composto.

Mescolate fino a quando la farina sarà stata quasi completamente assorbita.

2 L'impasto sarà una palla ruvida e grezza sul fondo della ciotola. Infarinare una superficie di lavoro, preferibilmente di legno. Fate attenzione che la farina utilizzata per infarinare la superficie di lavoro non è inclusa negli ingredienti.

Avrete quindi bisogno di mezza tazza di farina extra per questa operazione.

Utilizzate una spatola o le vostre mani per trasferire l'impasto sulla superficie da lavoro. Con le dita premete l'impasto per dargli la forma di una palla compatta.

3 Premete l'impasto con le nocche per stenderlo un pó.

Prendete il lembo finale della pasta e piegatelo verso di voi, poi premetela di nuo-

Repitan estos movimientos, delicadamente por 8 -10 minutos.

Cando la masa sea consistente y no se pegue en los dedos o en la superficie de trabajo, elévenlo y luego arrójenlo un par de veces.

Esta acción sirve para desarrollar el glúten.

Cuando la masa esté lista tendrá un aspecto liso y elástico.

4. Colóquenla en un recipiente ancho y cúbranla con un repasador.

Cuando la masa está leudando duplicará su volumen. Para verificar si leudó lo suficiente, presionen la masa con un dedo: si queda la marca, la masa estará lista.

El tiempo que la masa necesita para leudar es variable; recuerden que la levadura es un ingrediente vivo y es sensible a la temperatura y a la humedad del aire, entre otras cosas.

Algunos días la masa podrá elevarse más que otros.

Cocinar en horno caliente aproximadamente durante treinta minutos y a una temperatura de entre 200 y 220 grados cetigrados.

vo con il palmo della mano.

Ripetete questi movimenti, delicadamente e con il tocco il più leggero possibile, Per 8-10 minuti. Quando l'impasto risulta consistente e non si attacca alle dita o alla superficie di lavoro, sollevatelo e poi fatelo sbattere sul ripiano un paio di volte.

Queste azioni servono a far sviluppare il Glutine.

Quando sarà pronto l'impasto dovrà risultare liscio ed elastico.

4 Quando la pasta sara pronta, mettetela in una larga terrina pulita e copritela con un canovaccio. Durante la lievitazione l'impasto dovrebbe duplicare il suo volume. Per verificare se ha lievitato abbastanza, premete la pasta con un dito: se rimarrà l'impronta, l'impasto sarà pronto.

Il tempo di lievitazione è approssimativo; ricordate che il lievito è un ingrediente vivo ed é sensibile alla temperatura e l'umidità dell'aria, tra le altre cose. In alcuni giorni potrebbe metterci di più a lievitare che in altri.

Fate cuocere in forno a 200-220 °C per circa 30 minuti.



Conversaciones Juan y Teresa.



El texto que sigue fue extraído de la revista “Focus” del mes de septiembre de 2002 y aborda la eterna inquietud sobre las diferencias que existen entre un hombre y una mujer. Muchos italianos e italianas se identifican con los dos protagonistas de la historia. Y los extranjeros?

Juan se siente atraído por Teresa.

Van al cine, se divierten. Días después vuelven a ir al cine y la pasan bien.

En poco tiempo ninguno de los dos frecuenta otras amistades.

Una noche, mientras retornaban a casa en auto, Teresa dice:

“Te pusiste a pensar que hoy hace seis meses que comenzamos a vernos?”

Se hace un silencio en el auto.

Para Teresa ese silencio está lleno de significados.

Piensa: “Quizás le molestó que le haya preguntado eso. Quizás cree que quiero que ya tome una decisión. Quizás para él todavía no es el momento de tomar una decisión.”

Pero Juan está pensando: “Pero... ya seis meses...”

Y Teresa piensa: “Quizás yo tampoco estoy tan segura de querer tener este tipo de relación. Quizás yo también necesite un poco de libertad para tener el tiempo de pensar qué quiero realmente. Estoy realmente lista? Conozco verdaderamente a este hombre?”

Y Juan piensa: “Entonces significa que... era... febrero! Si, era febrero cuando comenzamos! Comenzamos a salir después de haber dejando el auto en el mecánico... es decir... veamos el cuentakilómetros... Mierda! Tengo que cambiar el aceite!”

Il testo che segue è tratto dalla rivista “Focus” del mese di settembre 2002 e affronta l’eterna questione delle differenze che ci sono fra un uomo e una donna. Molti italiani e molte italiane si riconoscono nei due protagonisti della storia. E gli stranieri? -

Giovanni è attratto da Teresa.

Vanno insieme al cinema, si divertono. Qualche sera dopo vanno a cena insieme e di nuovo stanno bene.

In poco tempo nessuno di loro vede più altri.

Una sera, mentre tornano a casa in macchina, Teresa dice:

“Hai pensato che oggi sono sei mesi che ci vediamo?”

Si fa silenzio in auto.

Per Teresa quel silenzio è pieno di significati.

Pensa: “Forse si è infastidito perché ho detto questo. Forse crede che io voglio provocare una sua decisione. Forse per lui non è ancora il momento di prendere una decisione.”

Ma Giovanni sta pensando:

“Però... già sei mesi...”

E Teresa pensa: “Ma forse anche io non sono sicura di volere questo tipo di rapporto. Forse ho bisogno anche io di un po’ di libertà, per avere il tempo di pensare a quello che voglio veramente. Sono davvero pronta a questo? Conosco davvero quest’uomo?”

E Giovanni pensa: “Allora questo significa che... era... febbraio! Sì, era febbraio quando abbiamo cominciato! Abbiamo cominciato dopo che ho lasciato la macchina dal meccanico... cioè... vediamo un momento il contachilometri... Merda! Devo cambiare l’olio!”

E Teresa pensa: “È rimasto senza parole. È sconvolto. Forse lui vuole di più dal nostro ra-

sorprendido. Quizás él espere algo más de nuestra relación. Quizás comprendió antes que yo que todavía no estoy lista. Sí, es eso, tiene miedo de sentirse rechazado”

Y Juan piensa: “Tengo que llevar urgente el auto al mecánico: esta vez me tiene que controlar el carburador. Este auto parece un camión cuando anda...”

Y Teresa piensa: “Está enojado. Y tiene razón. Dios, me siento culpable! Pero , la verdad es que no me siento segura.”

Y Juan piensa: “Y el mecánico me dirá seguramente que la garantía es válida sólo por tres meses...”

Y Teresa piensa: “ Quizás sea demasiado idealista. Siempre espero el Príncipe Azul en su caballo blanco... Y ahora que al lado mío tengo una buena persona, una persona que es importante para mi, una persona que sufre por mis manías... me comporto como una tonta (estúpida)!”

Y Juan piensa: “tres meses de garantía?. Es un chiste?! Si no me arregla el carburador...!”

“Juan” dice en voz alta Teresa

“Que?!” dice Juan sorprendido

“Por favor, no me tortures así” dice ella con los ojos llenos de lágrimas: “no debería decirte... Dios, me siento tan...”

“Qué pasa?” dice Juan.

“ Soy tan tonta”, solloza Teresa: “ Sé que no existe el Príncipe. No existe el caballero y no existe el caballo...”

“No existe el caballo?” dice Juan sorprendido.

pporto.

Forse ha capito prima di me che io non mi sento pronta. Sì, è questo: ha paura di sentirsi rifiutato.”

E Giovanni pensa: “Devo assolutamente riportare la macchina dal meccanico: mi deve controllare bene il carburatore stavolta. Questa macchina sembra un camion quando cammina...”

E Teresa pensa: “È arrabbiato. E ha ragione. Dio come mi sento in colpa! Ma la verità è che io non mi sento sicura.”

E Giovanni pensa: “E il meccanico mi dirà sicuramente che la garanzia vale solo tre mesi...”

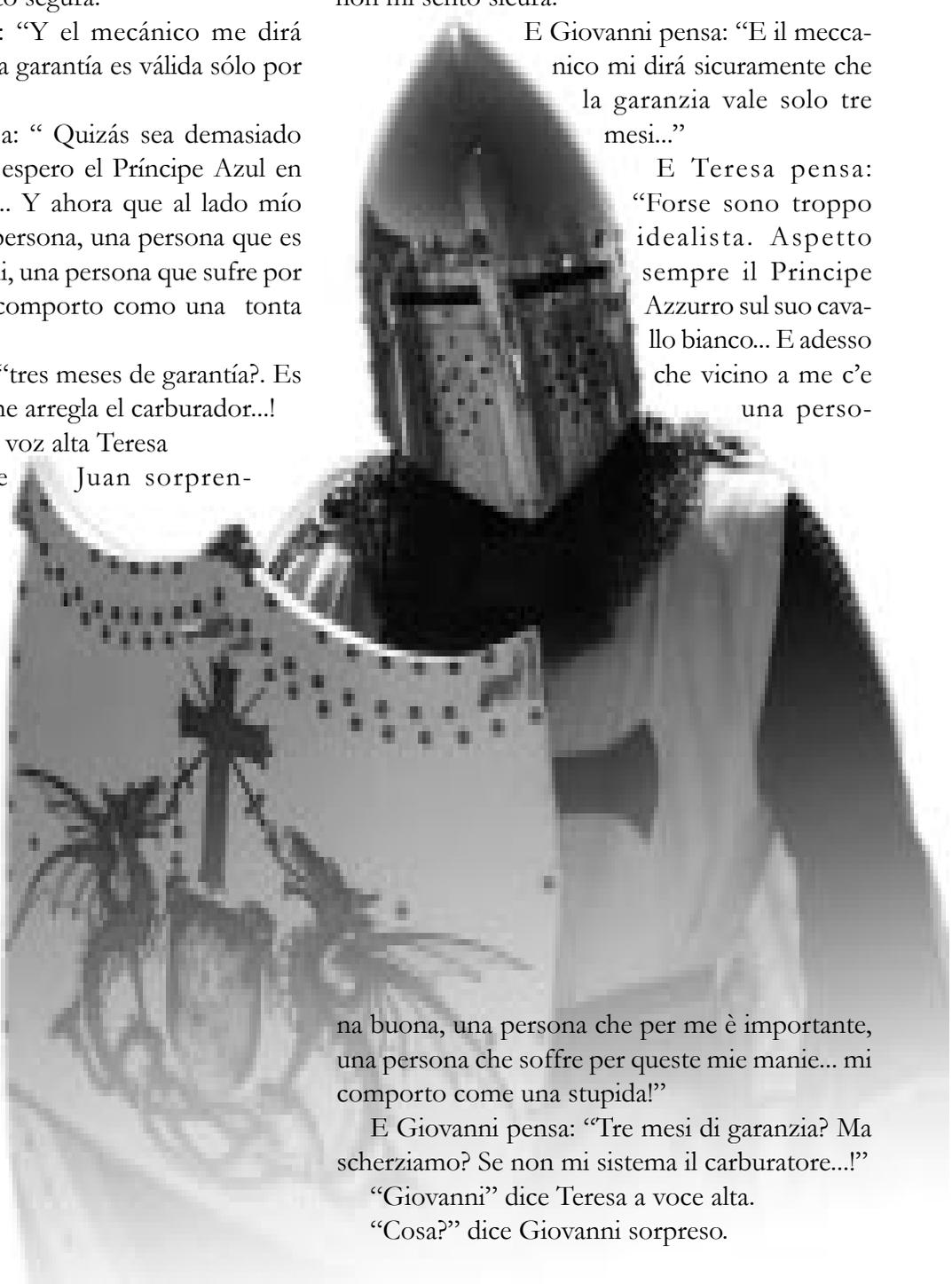
E Teresa pensa: “Forse sono troppo idealista. Aspetto sempre il Principe Azzurro sul suo cavallo bianco... E adesso che vicino a me c'è una perso-

na buona, una persona che per me è importante, una persona che soffre per queste mie manie... mi comporto come una stupida!”

E Giovanni pensa: “Tre mesi di garanzia? Ma scherziamo? Se non mi sistema il carburatore...!”

“Giovanni” dice Teresa a voce alta.

“Cosa?” dice Giovanni sorpreso.



do.

“Pensás que soy tonta, verdad?” dice Teresa.

“Pero, no!” dice Juan contento de tener una respuesta concreta.

“Es sólo que necesito un poco más de tiempo” dice Teresa.

Se hace una pausa de 15 segundos aproximadamente: Juan piensa lo más rápido que puede y encuentra una respuesta lógica.” Claro, te entiendo” dice.

Teresa, emocionada, toma su mano: “ Oh, Juan, realmente pensás eso?”

“Sí”. Dice Juan; “ Si, por supuesto”

Teresa mira a los ojos a Juan y él sigue nervioso pensando que, quizás ella hablaba nuevamente del caballo. Finalmente ella dice: “Gracias, Juan”

Juan acompaña a Teresa a su casa y ella se va a dormir. Teresa llora hasta el amanecer.

Mientras tanto, Juan llega a su casa, abre una bolsa de papas fritas, enciende la televisión y mira la repetición de un partido de tenis entre dos jugadores desconocidos. Una débil voz dentro de su cerebro le dice que esa noche, en el auto, había sucedido algo importante.. Pero Juan está seguro que no hay manera de comprender qué había sucedido: es mejor no pensar.

Al día siguiente, Teresa llamará a una de sus amigas y hablarán durante seis horas de lo sucedido.

Analizarán todo lo que ella dijo y todo lo que él dijo. Examinarán cada palabra y evaluarán cada consecuencia. Continuarán discutiendo por semanas enteras sin llegar a una conclusión, pero, sin aburrirse nunca.

Un día, Juan mientras está mirando un partido de fútbol con un amigo distraídamente, dirá:

“Lucas, sabes si Teresa tiene un caballo?”



“Per favore, non ti torturare così” dice lei con gli occhi gonfi di lacrime: “Non dovevo dirti... Oddio, mi sento così...”

“Cosa c’è?” dice Giovanni.

“Sono così stupida”, singhiozza Teresa: “Lo so che non esiste il Principe. Non c’è il cavaliere e non c’è il cavallo...”

“Non c’è u cavallo?” dice Giovanni stupito.

“Pensi che sono stupida, vero?” dice Teresa.

“Ma no!” dice Giovanni contento di avere finalmente una risposta certa.

“E solo che ho bisogno. di un po’ di tempo.” dice Teresa.

C’è una pausa di circa 15 secondi: Giovanni pensa più velocemente che può e cerca una risposta logica. “Certo, ti capisco” dice.

Teresa, emozionata, prende la sua mano: “Oh, Giovanni, davvero pensi questo?”

“Sì.” dice Giovanni: “Sì, sicuramente”

Teresa guarda Giovanni negli occhi e lui ritorna nervoso pensando che lei forse parlerà di nuovo del cavallo. Alla fine lei dice: “Grazie Giovanni”.

Giovanni accompagna Teresa a casa e lei va a letto. Teresa piange fino all’ alba.

Intanto Giovanni torna a casa sua, apre un sacchetto di patatine, accende la tv e guarda la replica di una partita di tennis tra due giocatori sconosciuti. Una debole voce dentro il suo cervello dice che quella sera in auto è successo qualche cosa di importante. Ma Giovanni è sicuro che non c’è modo di capire cosa è successo: è meglio non pensarci.

Il giorno dopo Teresa chiamerà una delle sue amiche e parleranno della cosa per sei ore di seguito. Analizzeranno più volte tutto quello che lei ha detto e tutto quello che lui ha detto. Esamineranno ogni parola e valuteranno ogni conseguenza. Continueranno poi a discutere per settimane senza arrivare a conclusioni, ma senza mai annoiarsi.

Intanto Giovanni un giorno, mentre sta guardando una partita di calcio con un amico, distrattamente dirá:

“Luca, sai se Teresa ha un cavallo?”

El Premio Nóbel de Literatura le fue otorgado en 1968.

Yasunari
Kawabata



...En los temas elegidos por Kawabata, los estados de ánimo, se funden con el paisaje, nos hablan del malentendido del amor, (La danzarina de Izu) la magnificencia de los ríos, la luna y la montaña, o de esa belleza inalcanzable que perciben mejor que nadie los moribundos...

Nació en Osaka, en 1899. Su padre era médico y falleció al año siguiente de nacer su hijo. El futuro gran escritor quedó también huérfano de madre en 1901, lo que motivó que su crianza quedase a cargo de sus abuelos. Pero la muerte no dejaba de acosar su infancia. La abuela murió en 1906 (después de la guerra ruso japonesa). Su último pariente cercano, el abuelo ciego con quien vivía, murió cuando él tenía catorce años. A partir de 1920 muchos de los escritos de Kawabata tratan el tema de la pérdida familiar. Estas pérdidas impresionaron al joven lo suficiente para inspirarle su primera obra, *Diario íntimo del año dieciséis*, una de las vivencias más claramente formuladas en él fue la muerte y sufrimiento de su amado abuelo.

En los temas elegidos por Kawabata, los estados de ánimo, se funden con el paisaje, nos hablan del malentendido del amor, (*La danzarina de Izu*) la magnificencia de los ríos, la luna y la montaña, o de esa belleza inalcanzable que perciben mejor que nadie los moribundos de cuerpos amarillentos y olor nauseabundo (*Diario de su adolescencia*). La incorporación del lector a sus novelas o sus relatos es rápida. La narración fluye como esos arroyos de agua pura tan amados por el autor.

La observación de lo social, la perspectiva de los personajes ante los conflictos, la ironía, lo dramático resultan evidentes en *Kioto*, y *El clamor de la montaña*

Desde 1924, entró en una etapa de fecundo cultivo de la novela corta. Las escenas dramáticas y evocadoras que desarrolló en esos breves escritos están cargadas de una belleza magistral, historias a las que él mismo llamó "historias escritas en la palma de una mano". Para ilustrar estas narraciones breves, incorporamos en este número

“El camino de monedas”

En 1937 (cuando empezó el ataque a China), el novelista dio la primera versión de País de nieve (Yukiguni), novela que, no obstante su título, no es exclusivamente paisajística; en su desarrollo se armoniza la aventura amorosa del protagonista, Shimamura, con el ambiente de las geishas.

En 1925 Yasunari Kawabata publicó una de los relatos más perdurables y seductores de la literatura japonesa moderna. La bailarina de Izu traza una historia manchada de ansia, ansia del amor de un joven universitario por una bailarina que él cree mayor. Cuando el protagonista descubre su error, su anhelo se hace añicos. Ella es una niña que corre desnuda jugando con el resto de los actores. Pero ¿acaso finaliza el amor cuando se revela el malentendido? ¿O el autor sugiere que sólo se puede amar una construcción ficticia? El joven protagonista, ansía también pureza y belleza, quizá vagamente consciente de que el cumplimiento de ese deseo significaría el fin del virginal objeto de su pasión. Mientras todavía era estudiante, el mismo Kawabata realizó la travesía pie hacia la Península de Izu, al sudoeste de Tokio. Más tarde, después de haber publicado la historia, continuó buscando consuelo e inspiración en las montañas y en las termas de Izu, donde vivió algunos años.

. Temerario de que las penas de la infancia y de la juventud hubieran desviado su personalidad, sondeó los recuerdos en historias autobiográficas como “Aceite” y “Recolección de cenizas”, sólo para comprobar que no podía confiar en ellos. Las historias son sutiles, engañosas versiones de la pérdida. Someterlas a interpretación parece algo forzado, debido a su carácter intrínsecamente “natural” ya su lenguaje despojando, que descubre una dudosa relación con la percepción.

El Premio Nobel de Literatura le fue otorgado en 1968.

Kawabata se suicidó a los setenta y dos años.

El camino de monedas.

Yasunari
Kawabata

Esto ocurrió el 1 de septiembre de 1924.

-Eh, abuela. Es hora de que salgamos.

Kenta -Ken, como lo llamaban-, el astuto mendigo, sacó de las virutas de madera un par de botas militares muy gastadas.

- ¿Conoce a ese dios extranjero? Aquel que coloca buena suerte en tus zapatos mientras duermes... A fin de año tienen todas esas medias colgando para vender. Ése es el que quiero decir.

Ken dio vuelta las botas y les quitó el polvo mientras hablaba.

- Me pregunto cuánto dinero tendría si estuvieran llenas de monedas de plata. Cien, quizá mil.

La anciana, apoyada en una pared de yeso que todavía no se había secado, jugueteaba, ausente, con un peine rojo.

- Fue probablemente una muchacha joven - dijo.

- ¿Quién?

- La persona que perdió el peine.

- ¿Quién más pudo ser?

- Probablemente tenía unos dieciséis o diecisiete años. Supongo que la viste.

- Basta, abuela. Está pensando en su hija muerta de nuevo.

- Hoy se cumple un año de su muerte.

- Entonces, hará una visita conmemorativa a las ruinas del Depósito de Uniformes Militares, ¿cierto?

- Cuando llegue al Depósito de Uniformes Militares, voy a ofrecer este peine por mi hija.

- Está bien... Y abuela, está bien recordar a su hija pero, bueno, ¿no puede pensar en cuando usted era joven? Anoche cuando regresé y subí, un hombre y una mujer salieron de un salto de las virutas. Estaba tibio allí en

donde habían estado. Me recosté en el calor y la esperé. Luego, usted se fue y recogió un peine rojo y lloró y lloró. Hace casi un año entero que somos mendigos juntos. Sólo una vez antes de morir, quiero hacerla joven de nuevo y que seamos una pareja. En estos días, sabe, los jóvenes se escabullen en las obras en construcción y hacen el amor. Y yo todavía no tengo cincuenta años.

- Yo tengo cincuenta y seis. Mi difunto esposo era dos años más joven que yo. Sabe, tuve un sueño. Toda la gente que murió en el depósito miles, cientos de miles, estaban cruzando un puente. Dicen que el paraíso está lejos.

- Bueno, vayamos juntos. Esta noche podemos beber sake dulce. Iremos allí y yo le prestaré mi bota izquierda. Será más fácil utilizar su pie derecho.

Ken se calzó las botas del ejército, se puso de pie y limpió las virutas de madera de la espalda de la mujer.

Toda la familia de la mujer había muerto quemada en el cuartel de ropa después del gran terremoto de Tokio del 1 de septiembre, el año anterior.

Se le ofreció asistencia en las barracas mantenidas por la municipalidad en el parque Asakusa.

Ken, el astuto mendigo, que tenía su hogar en Asakusa, simuló ser una víctima en medio de la confusión que siguió al terremoto para recibir ropa y comida gratis. Cuando echaron de las barracas a los ocupantes que no pagaban, Ken convenció a la anciana de que lo registrara como el hermano menor de su esposo. Pero la municipalidad de la ciudad no estaba dispuesta a seguir alimentando a hombres capaces de trabajar. Por suerte, su espíritu mendicante lo hacía flexible. Abandonó el Centro de Ayuda Okami en unos dos o tres meses.

La anciana no podía separarse de Ken. Se había vuelto dependiente; por lo tanto, mendigaron juntos. Vagaron por medio Tokio, quedándose en obras en construcción para protegerse de la lluvia y el rocío.

El día del aniversario del terremoto, apareció un mensajero imperial en las ruinas del depósito de ropa. El primer ministro, el ministro del Interior y el intendente, todos leyeron un discurso

conmemorativo en la ceremonia. Los embajadores extranjeros enviaron coronas conmemorativas.

A las 11:58 se detuvo el tránsito, y los habitantes de la ciudad guardaron un minuto de silencio.

Los barcos de vapor que se habían reunido desde Yokohama realizaron el viaje aguas arriba y aguas abajo del río Sumida para llegar a la orilla cercana al depósito. Las compañías automotrices rivalizaron por ser las primeras en hacer una aparición oficial frente a él. Cada organización religiosa, el hospital de la Cruz Roja y la escuela cristiana de niñas enviaron un comité de ayuda a la ceremonia.

Un vendedor de postales reunió a algunos vagabundos y despachó una cuadrilla para vender secretamente fotografías de los mutilados en el terremoto. Un técnico cinematográfico deambulaba con un trípode alto. Cambistas de dinero formaban fila para cambiar las monedas de plata de los visitantes por monedas de cobre de menor valor que serían arrojadas en la alcancía.

Miembros uniformados del cuerpo de jóvenes voluntarios patrullaban las calles. Telas funerarias colgaban de los aleros de las casas de las barracas ubicadas al este del puente Azuma y del puente Ryokoku. A los concurrentes se les sirvió agua mineral, leche, galletitas, huevos duros, hielo picado.

Del epílogo de la tragedia del año: a empujones entre la multitud de cientos de miles, Ken tiraba de la anciana y llevaba su brazo debajo del suyo como si fuera un paquete. Frente a un portón alto, cuyas columnas de madera sin terminar estaban envueltas con telas funerarias a rayas blancas y negras, Ken le dijo rápidamente a la anciana que se colocara su bota izquierda.

- Quítese la sandalía del pie derecho. Es mejor si va descalza.

Los forzaron a seguir por la calle vallada, apretujados uno con otro, paso a paso acercándose al cementerio. Más allá de las cabezas de la gente caía una lluvia oscura.

- Mire eso, abuela. Es dinero. Está lloviendo dinero.

Justo cuando un bosque resplandeciente de coronas florales y follaje funerario se hicieron visibles, sintieron los pies fríos. Eran las monedas.

- Ay. - Ah.

La gente se agachaba para protegerse la cabeza.

Monedas. A sus pies había monedas de cobre, monedas de cobre, monedas de plata. El suelo estaba cubierto de monedas. Caminaban sobre monedas. Se había acumulado una montaña delante de las telas de algodón blanco frente al cementerio. Sin Poder adelantarse, la multitud no había esperado llegar al cementerio para ofrecer sus dádivas. Habían arrojado el dinero desde el punto en el cual se hallaban. Ahora caían monedas sobre las cabezas de todos como si fuera granizo.

- Abuela, ¿entiende lo inteligente que soy? Le pido que haga todo lo posible.

La voz de Ken tembló. Recogió diligentemente monedas con los dedos del pie izquierdo y las dejó caer en su gran bota derecha.

Cuanto más se acercaban al cementerio por el frío camino de dinero, más profunda se hacía la capa de monedas. La gente caminaba a tres centímetros del piso.

Se pusieron a salvo en la orilla desierta del gran río, arrastraban las enormes botas. Cuando se colocaron en cucullas, bajo un techo de chapa oxidado, se sorprendieron al ver el número de barcos y de gente. Parecía como si fuera un día feriado en el río.

- Oh, ahora puedo morir. He caminado por un camino de dinero. Es demasiado. Demasiado. Siento el pie acalambrado como si hubiera caminado sobre una montaña de agujas en el infierno.

En contraste con el rostro pálido de Ken, la anciana estaba sonrojada y juvenil.

- Me revoloteaba el corazón como el de una jovencita, Ken. La maravillosa sensación de caminar sobre monedas de plata... Era como si un hombre apuesto me mordiera la planta del pie.

La anciana se quitó la bota izquierda. Ken gritó asombrado al mirar adentro.

- ¿Qué? ¡No recogió otra cosa que monedas plata!

- ¿Cree que soy tan estúpida como para recoger monedas de cobre?

- Es increíble.

Ken fijó la vista en el rostro de la anciana.

- Seguro que fue mi espíritu mendicante. Incluso en una multitud tan densa, en donde yo no podía ver mi propio cinturón, usted pudo distinguir la plata del cobre. Yo no podía

caminar sobre las monedas. Sentí los pies acalambrados después de recoger tan sólo diez.

- ¿De qué habla? Adelante, cuéntelas.

- Cincuenta sen, sesenta sen, ochenta sen, noventa sen, un yen con cuarenta sen... Veintiún yen con treinta sen. Y hay más aún.

- Ken, me olvidé de ofrecer el peine por mi hija. Lo tengo todavía aquí, metido en la manga.

- Su hija no descansará hasta que lo haga.

- Lo arrojaré al río. Lo colocaré en esta bota y la lanzaré al río como ofrenda.

La anciana estiró el brazo ampliamente como una muchacha y arrojó la bota al río.

- Podemos contar el dinero mañana, Ken. Vamos a comprar sake. Compremos un besugo. Esta noche es mi... mi boda. ¿Está bien, Ken? ¿Por qué está usted sentado allí aturdido? Oh, usted...

Los ojos de la anciana se humedecieron con un color misteriosamente juvenil. El peine rojo salió flotando de la bota que se hundía y de manera callada siguió la corriente del gran río.



¿En Que Cultura Te Hubiese Gustado Nacer, Sabiendo Como Te Tratan Después De Morir?

Todo aquel que haya residido durante muchos años en el mundo, inevitablemente debe de haber acumulado una considerable experiencia por lo que a la participación en funerales se refiere.

El filósofo Leszek Kołakowski, autor de: “Vigencia y caducidad de las tradiciones cristianas” y “La modernidad siempre a prueba” expone en este trabajo las diversas formas en que distintas culturas, tratan, elaboran y asumen la problemática de la muerte a través de los ritos funerarios y los comportamientos sociales de los actores en las exequias.

También yo he participado en numerosos sepelios: católicos, protestantes, judíos, laicos y comunistas, pero por lo que toca a los rituales funerarios de otras civilizaciones, las extraeuropeas, no tengo más nociones de las que he obtenido a través de libros. La diversidad y la pluralidad de estos rituales son verdaderamente asombrosas, según afirman los etnógrafos, aunque muchas de estas costumbres, para nuestro gusto, podrían parecer un tanto excéntricas. Sin embargo, mi intención no es buscar en esa literatura extravagancia alguna; lo que hago es tan sólo remitirme a nuestra propia experiencia europea, en general.

Solemos asistir a los funerales de amigos y allegados, funerales en los que participamos bajo cierto apremio interno, pero también acudimos a los sepelios de personas que nos resultan indiferentes y a las que acompañamos hasta su última morada por razones meramente sociales o burocráticas. Con facilidad, captamos la diferencia entre un funeral religioso, sobre todo uno auténticamente católico, y uno laico. En un entierro laico, detectamos de manera ineludible un ambiente de incomodidad, de desconcierto, tal como si la persona al morir, o por el solo hecho de morir, hubiera cometido bien una pifia, bien una falta de tacto. Allí no es posible decir una sola palabra de consolación, e incluso si algún orador pondera los méritos del difunto y afirma que su obra vivirá por siempre (¿y él cómo puede saberlo?), aun así no podemos interpretar todas esas palabras más que como un simple intento, artificial y poco convincente, por librarse de la depresión. La mayoría de los participantes, seguramente, preferiría interrumpir lo más pronto posible ese falso contacto con



el (o la) que se fue. En cambio, un funeral plenamente católico está plagado de tristeza, pero al mismo tiempo de esperanza, en virtud de que al finado se le encomienda a la misericordia divina. El sacerdote exhorta a todos los presentes a que recen por el alma de nuestro hermano, que en paz descanse, anuncia la resurrección; mientras tanto, nosotros le decimos adiós en vísperas de su gran viaje a la Jerusalén celestial. El ritual está fincado en la creencia de que la muerte ha sido superada. Por tanto, podemos decir, tal como aparece en el himno de Prudencio: “*Iam maesta quiesce querela, Lacrimas suspendidte, matres, Nullus sua pignora plangat, Mors haec reparatio vitae est*” (“Calmad las querellas dolientes, no derramáis lágrimas, oh, madres, que nadie levante lamentos, la muerte es

la renovación de la vida”).

De manera también similar es como interpretan la muerte los rituales religiosos de todas las civilizaciones, comenzando por las arcaicas, si bien éstas se diferencian por la forma en que se deshacen de los restos mortales y por la idea que tienen acerca del futuro destino del muerto. Asimismo, en otros tiempos, los librepensadores solían depositar en el ataúd del hermano hojas de acacia, árbol que supuestamente había de anunciar el renacimiento, según se desprende del relato que gira en torno al asesinato de Hiram, constructor del primer santuario.

La muerte, como todos sabemos, es un suceso no sólo natural, sino también social, religioso, cósmico. A lo que, desde luego, nos

referimos es a una muerte que sobreviene dentro de un orden natural, relativamente estable, de la vida; en tiempos de los grandes cataclismos, en tiempos de la gran peste, de la guerra, del genocidio, los entierros habituales son a menudo irrealizables, a los cuerpos se les arroja masivamente a fosas

comunes o se les incinera, las osamentas se tornan por tanto anónimas: no hay tiempo para rituales. En cambio, en tiempos (más o menos) normales, el ceremonial funerario resulta indispensable. La muerte, aun sin ser un acontecimiento raro o insólito, siempre quebranta de alguna manera la cohesión de la colectividad, genera inquietud y angustia, saca de la rutina. El ritual, por consiguiente, tiene como objeto restablecer la normalidad, consolidar de nueva cuenta a la comunidad lesionada. Dentro de nuestro código de usos y costumbres, también la *stypa* forma parte de este proceso: he aquí que regresamos a casa, todo funciona como antes, nos sentamos a compartir los alimentos, seguimos siendo la misma colectividad.

Los antropólogos, en ocasiones, hacen hincapié en cómo, de manera ambivalente o abiertamente contrapuesta, se manifiestan nuestras emociones frente a la faz de la muerte y cómo éstas se revelan en los rituales. Por una parte, los rituales tienen como propósito asegurarnos la continua e inalterable presencia del finado, su permanencia en el mismo cosmos; por otra, sin embargo, reafirman su ausencia en el ya conocido orden, de manera que queremos permanecer al lado del muerto y al mismo tiempo apartarlo hacia otro mundo, para de este modo poder afirmar nuevamente la perdurabilidad de nuestra vida colectiva. La aceptación de la muerte y la protesta contra la misma son dos partes inamovibles de nuestra existencia.

Hay diferentes rituales que sirven para la purificación del muerto. En la Iglesia romana, esa purificación es la ceremonia de la unción. El moribundo, antes de emprender el último viaje, es sometido a un tratamiento espiritual. A este efecto, tenemos salmos expiatorios: “Asperges me hysopo et supra ni vem dealbabor” (“Me volveré más blanco que la nieve”). Resulta por

demás evidente que es la Iglesia la encargada de llevar a cabo dicha purificación; de ahí que todos a los que la Iglesia ha dejado fuera quedan excluidos de este ritual salvador. En el *Rituale Romanum* potridense, la lista de todos aquellos a los que no está permitido darles cristiana (léase “eclesiástica”) sepultura es bastante larga: paganos, judíos, todos los infieles, herejes, apóstatas, disidentes, todos aquellos que han sido públicamente excomulgados; a los que se les ha puesto el interdicto; los suicidas (siempre y cuando no hayan cometido este pecado por razones de algún trastorno mental, sino por simple desesperación o furia, y no mostraran arrepentimiento antes de morir); los que han fallecido en un duelo (aun si antes de morir hubieran mostrado arrepentimiento); los pecadores manifiestos, es decir, aquellos que agonizan sin previa contrición y que en el lapso de un año anterior a su muerte no habían cumplido con su deber de la confesión y comulgación; por último, figuran en esta relación los niños recién nacidos que mueren sin haber sido bautizados. De tal modo, colegimos que todos los que no han sido mencionados en dicha lista han de encaminarse en derechura hacia la sima infernal. Al menos, así es como fue antes; hoy día, la Iglesia se muestra a este respecto mucho menos categórica.

La ambivalencia de nuestros rituales también se pone de manifiesto en nuestra postura frente a los restos mortales. Por un lado, el cristianismo nos enseña que el cuerpo sepultado no es más que un simple despojo carente de importancia, despojo humano en el que ya no queda nada del espíritu del muerto; por otro lado, sin embargo, se nos impone respeto a ese cuerpo sin vida, al que con tanta solemnidad y, en ocasiones, con tanta pomposidad entregamos a la madre tierra. Esta ambigüedad se hace presente en muchas culturas. Sólo en unas cuantas, muy contadas, el cadáver es tan venerado como lo fue en el antiguo Egipto (y eso concernía, por cierto, únicamente a las clases más altas). Pero también allí donde, como en la India, los restos son cremados y las cenizas esparcidas sobre el río sagrado; o bien allí donde a los muertos se les tiraba al mar, y, finalmente, allí -como entre los parias y los zoroástricos (a veces, también entre los budistas)- donde a los cuerpos

de los muertos se les entrega a los buitres para su banquete. Bueno, pues aun allí esto no significa que los muertos sean simplemente despreciados y botados a la basura: no, ellos simplemente son encomendados a la naturaleza, a los espíritus del mar, a los espíritus del río. De manera análoga, los rituales más horripilantes para nuestro sentir europeo, como el canibalismo practicado con cadáveres, sirven para honrar a los difuntos.

Queremos creer en los vínculos que nos unen con los seres cercanos que nos abandonaron, pero al mismo tiempo queremos también su desvinculación. En la antigua Roma se celebraban rituales periódicos, cuya finalidad era prevenir contra el retorno de los muertos como lémures, fantasmas. En algunos rincones de Europa existe aún el tabú de pronunciar el nombre del recién fallecido; se procede, además, a tapar espejos después de la muerte. Las prácticas de entablar contactos espiritistas con los muertos son estrictamente prohibidas por la Iglesia romana (por otra parte, sin embargo, tenemos que creer en la comunión de los santos y levantar en su honor oraciones y súplicas a los cielos; pero bueno, los santos, al final de cuentas, no son nuestros muertos, sino seres celestiales). La misma ambigüedad podemos percibirla en la actitud que la Iglesia ha adoptado respecto a la cremación de cadáveres; sobre este tema, incluso, se habían pronunciado con sumo rigor algunos pontífices, tales como León X Pío XI y, más recientemente, ya con menor rigor, Paulo VI. La cremación, por sí sola, no es ningún mal, es admisible, siempre y cuando existan dificultades para la inhumación y con tal de que no se trate de una profanación intencional del cristianismo, ya que la incineración del cuerpo no puede perjudicar a la inmortalidad del alma, ni dificultar a Dios la resurrección del hombre (recordemos, no obstante, la historia de un Dios que revive los huesos de los muertos en presencia del profeta Ezequiel).

La participación en funerales era, y sigue siendo, un mandato riguroso. Cuando pertenecemos a cierta comunidad, no nos queda más remedio que cumplir con este deber (yo mismo, mientras vivía en Polonia, asistía a funerales con frecuencia; sin embargo, ya en Inglaterra eso me ha ocurrido raras veces, lo mismo que en Estados Unidos, lo

cual no deja de ser un testimonio de la enajenación, o bien de una escasa integración a dichos países).

He podido observar que solamente en Inglaterra me tocó escuchar risas en un funeral, hilaridad intencionalmente provocada por el orador. Sin embargo, no se trata en este caso de una falta de respeto a los muertos (aquellos casos en los que lo presencié eran de entierros de la élite cultural del país), sino más bien de cierta descarga de tensión.

La muerte genera tanto fascinación, presente sobre todo en algunas civilizaciones (como ejemplo, citaremos tan sólo el caso de México), como el deseo de desenterrar el asunto de la memoria. Pero el respeto a los restos mortales existe en todas las civilizaciones, grandes y pequeñas. Tal vez podría parecer superfluo, pero no lo es; por el contrario, resulta importante dentro de la cultura, es parte de la deferencia que nos merece todo ser humano, aunque sabemos que ese ser ya no existe en un cuerpo muerto. Esta no es una cuestión religiosa, dado que en categorías religiosas un cuerpo muerto pudiera parecer sin importancia; el muerto vive en alguna otra parte, de manera distinta y mejor. Es más que nada una cuestión laica, de sumo significado. La presencia de las huellas materiales de gente fallecida no es más que una simple presencia y un recordatorio de nuestra historia colectiva. Pero sin ese sentir de que vivimos en una colectividad continua, extendida hacia atrás y hacia adelante, no nos sería posible preservar nuestra cultura. Este respeto, por cierto, se puede expresar en formas que levantan protesta; por ejemplo, existe en Polonia la tendencia a hacer gestiones para traer los vestigios mortales de los polacos destacados que murieron en otros países. Estas son, sin embargo, fuera de algunos casos aislados, demandas un tanto descabelladas. Las tumbas de los polacos, desparramadas por todos los rincones de la tierra, las de distintos proscritos, exiliados, emigrantes, soldados de otros ejércitos, son, es cierto, un gran testimonio de los destinos históricos de la nación, que como tal hay que respetar, pero prorrumpir en gritos: “Esa es nuestra propie-

dad, aquellas osamentas”, eso no, eso, señores, no se vale (por fortuna, los franceses nunca nos devolverán los huesos de Chopin, que reposan en Père-Lachaise).

Vemos, sin embargo, cómo va decayendo nuestra tradición de funerales y cementerios. En muchos lugares, simplemente falta espacio para instalar nuevos panteones; la cremación, por tanto, es cada vez más frecuente. Sabemos, no obstante, que el paseo por un cementerio tradicional es, o puede ser, algo espiritualmente sano y edificante, mientras que las numerosas gavetas, encimadas una sobre otra, donde “yacen” empacadas las cenizas, no producen ya impresión alguna, no dan la sensación de una continuidad histórica en la que permanecemos.

Cada vez con mayor frecuencia se presentan también casos de trasplantes de diferentes órganos del cuerpo de los recién fallecidos; se escuchan por ahí, incluso, voces de demanda de que sea permitido realizar esos procedimientos en forma rutinaria, siempre y cuando el moribundo antes de expirar no haya expresado su negativa al respecto (así es como sucede ya en algunos países). Se trata, desde luego, de salvar a los vivos, un asunto que es por encima de toda duda bueno y loable; sin embargo, confieso que a mí no me agradaría en absoluto que mis seres queridos fueran tratados después de la muerte como un simple almacén de refacciones. ¿Será éste un sentimiento irracional? Tal vez. No obstante, se esconde tras él una cuestión importante. Es válido, cuando hay motivo, hablar mal de los muertos, pero tan pronto como nos acostumbremos todos a la idea de que sus fragmentos materiales son como una piedra del camino, impersonales, concretos, sin ninguna remisión a nuestra vida espiritual -a pesar de que a veces podrían servir-, entonces nos enfrentaremos con el peligro de que también a los vivos los vayamos a querer tratar como a simples repuestos. Y este sería el fin de nuestra cultura.



Leszek Kolakowski

Conversaciones

...No es que no lo quiera, pero no sé. Estoy tan confundida... Hay cosas que no van. Hay cosas que a esta altura del partido no tengo porque seguir soportando. ¡Ernesto es tan bruto!... No puedo entender cómo me casé con él. ¡Qué idiota! Es que tenía otras expectativas ¿sabés?... Esperaba otra cosa del matrimonio... Con el tiempo todo se va perdiendo.



No sé como explicarte... Es que una necesita sentirse amada, respetada... ¿Viste cuando somos chicas y soñamos con ese príncipe azul que nos va a venir a rescatar? Parece un cuento ¿No? Pero ¿Quién no tuvo esas fantasías? ¿Vos no? cómo te lo imaginaste? Ah, mira... Yo me lo imaginé alto, rubio, con una capa y un sombrero. Me imaginaba que se bajaba del caballo y me venía a rescatar. ¿Qué tonta no?...Y bueno, éramos chicas... Y pensar que mi príncipe era esto. Más que un príncipe azul Ernesto se parece a Sancho Panza. Eso es Ernesto: Un Sancho Panza moderno después de haber pasado unas vacaciones en un local de pizza libre. ¡Sí! Reíte no más. No, no soy mala. Yo entiendo que trabaje todo el día pero es incapaz de tener otra conversación. ¡Es tan primitivo!. Tendrías que verlo, siempre anda con esos pantalones llenos de grasa, no se los saca ni para cenar. Le dije mil veces pero no hay caso. Y llega un punto ¿viste? Que decís ¿Qué estoy haciendo con este tipo? Estoy cansada. Estoy harta... Tendría que volver a hacer algún curso, eso me va a ayudar. Me importa un bledo que Ernesto diga que pierdo el tiempo, que vivo en una nube de pedo. Así dice ¡Es tan ordinario! Es un animalito, ¡pobre! Para él la vida es plata, plata, plata, no piensa en otra cosa....

Todo el día atrás de Maurito, ¡Mi amor!, ¿Viste que lindo que está? la casa, el mercado, la comida, la ropa.... Una necesita un poco de aire. Arte, arte y cultura... Una necesita elevar el espíritu. ¿No te parece? Yo nací para algo más ¿Entendés?

¿Entendé Tenemos energías muy distintas.

Yo necesito expresarme, por eso me puse a estudiar pintura.

Después del cine vamos con las chicas a tomar un café ¡Nos reímos tanto! Mirá, si a los hombres no les zumban los oídos es porque lo tienen llenos de tierra. No, no te rías, es la verdad. A ninguno le gusta que su mujer haga actividades fuera de la casa. Retrógrados machistas! Ninguno se banca que tengamos la mente abierta. Vos seguí así. Nunca te casés. ¡Que envidia! ¡Que ganas de volver a tener tu edad!. Salís con uno y con otro, y no le das explicaciones a nadie... ¿Porqué no me separo? Que' se yo, lo pensé pero no. La familia es la familia ¿viste? Maurito necesita de una familia. Ernesto es un buen padre, la verdad que en ese sentido no tengo nada que decir...

Es un buen tipo. No es que no lo quiera, pero no sé, una necesita un poco de seducción, un poco de romanticismo. Te puede parecer una tontería pero, ¿Sabes hace cuanto tiempo que no me regala una rosa? Hace cinco años, cuando nació Maurito.

No, no me quiero separar: Lo que yo quiero es que cambie. En realidad no sé que es lo que quiero... Ernesto es muy limitado. Es un salvaje... ¿Qué? Sí, tenemos buena cama. Pero él no puede entender que yo no soy un pedazo de bofe. No sabes, se pone loco cuando le digo que me duele la cabeza. Pero es verdad. No le estoy mintiendo. Es que me siento embotada. Siento como si mi casa fuera una jaula. Además una tiene sus tiempos. A mí no me interesa la cópula, a mí me gusta hacer el amor. ¿Entendés? Hay una diferencia abismal.

Pero Ernesto es así, pobre tipo... Ni bien terminamos de hacerlo yo espero un abrazo, que se yo, una palabra. Pero todo lo que escucho son sus ronquidos ¿Podes creerlo? ¡Me da una bronca! Por eso te digo, quedáte así y no te casés nunca. El matrimonio es una trampa.

A veces, después del trabajo, toma cerveza con sus amigos. No lo soporto. No hay nada que deteste más que el aliento a alcohol. Haceme caso, no te casés nunca, nunca, nunca...

...Salud, así es la cosa, amigo, te sigo contando.

Resulta que vuelvo a casa y la encuentro ahí, a la conchuda, haciendo no sé que mierda de porcelana. El pibe sin morfar, sin bañarse, toda la casa revuelta. ¡Para qué! ¡Me agarré una calentura! Le digo. ¿Qué te pasa loca? Y me mandó un discurso pelotudo de la libertad, el arte, la inspiración, y la concha del mono. ¡Tendría que haberle dado un bife, mirá!... Bueno, es un decir, sabés que nunca le levanté la mano, pero ¡Que hija de puta!. ¿Te das cuenta? ¡Está local! ¡Esta mina se volvió local!. ¿Y qué querés? con esos programas del orto. Gavilanes, Chicas expres, y después todas las tardes haciendo esas pajas que pone como centro de mesa.

A ver si soy claro. Que haga lo que se le canta el orto, pero primero, hermano, está la casa. ¿O no? Si no, lo hacemos muy fácil. Que vaya ella a laburar y yo me quedo con el pibe. Es así. ¿Vos sabes lo que es laburar todo el día como un hijo dé puta, y llegar a casa y escuchar su chamuyo de feminismo y no sé que mierda? Te querés cortar los huevos... El arte, el arte... Dejame de joder con el arte. ¿Te gusta pintar? Anda a una profesora. Se lo digo y se ofende. ¡Dios mío!... Servíme otro vaso, ¡salud! ¿Qué querés que te diga? Si después de laburar todo el día no tengo derecho a tomar una cerveza con mi amigo, me tengo que pegar un tiro en la cabeza. Ahora vas a ver, cuando vuelva cara de orto, poca bola. Vas a ver, mañana te cuento. Pero ella sí que sale con las amigas y nadie le dice nada. ¡Yo soy un boludo! Si las vieras a las amigas. ¡Todas cortadas con la misma tijera!. Ninguna labura. Meta paja y televisión, hasta tienen una mujer que las ayuda. ¿Te das cuenta? Estamos todos locos...

Servime otro vaso... ¿Sabés lo que me gusta? A veces estamos tirados ahí, en la catrera, y me empieza a bardear. Siempre bardea, Que esto que lo otro, que cuándo me voy a cambiar el pantalón, que cuándo voy a ir a alcohólicos anónimos. ¡Qué hija de puta! Por tomar un par de cervezas dos días a la semana resul

ta que soy alcohólico. ¡Dejáte de joder! ¡Qué hinchita pelota. ¿Qué te estaba contando? Ah... lo que más me gusta hacerle es... ¿Viste cuando está todo mal? Bardo y bardo y bardo. Y la tengo ahí, en bombachita la muy turra. Porque ni siquiera usa pijama ¡Bombachita!. Yo me acuesto y me levanto engarrotado. Me le hago el cariñoso, ¿Viste? la empiezo a franelear pero no hay caso. Que hoy no, que me duele la cabeza, que sos un bruto, un hombre de ñardental. Dice cada

van todas las mierdas, todas las locuras. Por eso le tiro un polvo que lo hago durar como una hora, no sabes. La hago acabar como tres veces. Si le vieras la cara. Siento que en ese momento tengo el poder, ¿entendés? Después del polvo está distinta la loca. Se pone cariñosa. Pero eso le dura un par de horas, hasta que se duerme, y al día siguiente otra vez la cara de orto.

Parece como si se desayunara con vinagre la hija de puta...

Así es la



pe lo - tudés que no te puedo explicar. Yo voy acumulando y acumulando, hasta que un día la agarro y le doy para que tenga, para que guarde y para que almacene. Y si no quiere le doy igual, la agarro así, de las muñecas ¿viste? Y no sabes como se resiste... El otro día quedé todo arañado. Pero con ese forcejeo me caliento más. A ella le debe pasar lo mismo, porque después cuando se la pongo se pone como loca.

La otra vuelta le dije. ¡Loca, dejá de gritar que vas a despertar al pendejo!

No sé, siento que cuando me la empómo se le

estoy calentando. Encima hace como un mes que no la pongo. Servíme el último vaso que me voy a ir a culear. ¿Qué? Si, más bien. Llego, me baño y me cambio el pantalón. Si lo hacemos, lo hacemos bien...

Diego Gonzalez.